

# TIERRA FIRME

(NOVELA FUTURISTA)

R. O. LAND

# TIERRA FIRME

(NOVELA FUTURISTA)

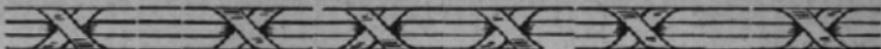


SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA Y LIBRERÍA «CISNEROS». — S. FRANCISCO, 49

—  
1927

**Es propiedad del autor.  
Inscrita bajo el Núm. 660.**



## Prólogo

La literatura nacional está de plácemes. Un nuevo astro que brilla con luz propia, acaba de aparecer en su mundo estelar: es «Tierra Firme».

No es un libro banal para mantener la tensión nerviosa de lectores adocenados o nutrir la sed de trivialidades que domina sin ambaje en nuestra sociedad contemporánea. No; «Tierra Firme» es un libro escrito para las almas nobles, para aquellos que buscan ideales, y por la forma amena, novelesca con que el autor lo ha dotado, es un libro para instruir deleitando.

Tal es la impresión que me ha dejado la lectura de «Tierra Firme».

Su autor, aunque novel en nuestras letras, manifiesta ya la vasta cultura y la experiencia necesarias para empuñar el timón de la nave del progreso y, cual audaz navegante de épocas medioevales, orientarla a regiones desconocidas donde impera una civi-

lización en que los problemas que hoy dividen a los hombres y los sumen en luchas fratricidas, quedan resueltas por su base.

«Tierra Firme» es una novela futurista—la primera en su género, yo creo, en nuestra literatura nacional—donde el autor expone los fundamentos de toda gran civilización, de tal manera, que nos da la visión de un futuro Chile, de un Chile nuevo que ostente la grandiosidad de un cuadro en que la ciencia y las buenas costumbres sirven de reluciente marco a la inteligencia, la actividad y el progreso; lo que viene a constituir en definitiva el hermoso concierto de un pueblo encuadrado en un país donde la naturaleza ha distribuido con pródiga mano incontables bellezas que se pueden disfrutar sin contrapeso alguno, porque no oculta ni reptiles ni insectos ponzoñosos, ni el rugido cavernoso de peligrosas fieras perturba la calma augusta de sus valles, de sus selvas ni de sus poéticas cordilleras. Si a todo esto se agrega la dulzura del clima, que lo hace uno de los más benignos del universo, se tendrán reunidas las características que debe tener una comarca para servir de digno albergue a una raza de hombres superiores que ostentará como distintivo la corona de la felicidad.

El autor ha vislumbrado la estrecha relación que debe existir entre los habitantes y su país respectivo: es la lógica idea que, ayudado de su vasta expe-

riencia y dilatados conocimientos, trata de exponer en «Tierra Firme».

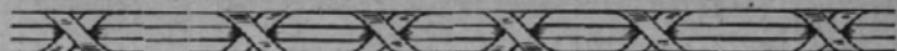
El lector no encontrará en las páginas de este libro ni los soberbios brochazos de un Zola o de un Loti, en sus pinturas de la naturaleza, ni los cuadros pasionales con que la mayoría de los autores tratan de halagar nuestra psicología ávida de fuertes impresiones; pero en cambio de ello, gustará de la sinceridad y sencillez con que se manifiesta un alma buena, que sueña para nuestro pueblo días mejores, y sin que de esta sinceridad y sencillez que revelan la visión de un filósofo esté exenta la suave y perfumada poesía que espontáneamente nace de las producciones de cada escritor que sabe leer en las páginas sublimes de la virgen naturaleza.

«Tierra Firme», por la trascendencia de los problemas que afronta y resuelve con nítida claridad, está llamada a prestar señalados servicios a todo estudioso que se interese por el bienestar y prosperidad de su raza.

D. SALAS M.

La Serena, Enero de 1927.

---



## INTRODUCCIÓN

Necesariamente esta narración consta de tres partes. En primer término un episodio en el ambiente de descontento que caracteriza la época actual. Después la formación de un núcleo de civilización algo mejor en una isla lejana. Por último, la tierra natal con su vida nueva, rebosante de reformas trascendentales.

Hubiera querido evitar de hablar de mí mismo, pero fui obligado a usar la forma tolstoyana por las circunstancias. Que éstas justifiquen también esta introducción ante el benévolo lector.

R. O. L.

Angol, Enero de 1927.

---

---

## CAPITULO I

**MOTIVOS DE DIÓGENES.—UN COMPAÑERO QUE SE FASTIDIA.—EN LA PENUMBRA ROJA.—DESENLA-CE INESPERADO.**

Corría el año 1920. Después de una mañana helada, un tenue sol de Mayo entibiaba el ambiente. Todos los objetos parecían reflejar el oro de sus rayos. Me sentía confortado, pues ni las desilusiones de la cosa pública, ni los sinsabores de la vida privada, me afectaban en ese momento de armonía.

Otoño es quizás la época del año en que más se desea el sol, es cuando se le idolatra. Entonces la gente del pueblo cariñosamente lo llama «solcito». No hay duda, que debe haber sido en una mañana de otoño cuando Diógenes fue interrogado por Alejandro el Grande, y cuando por toda la gracia que le concediera el monarca, el pensador pidió únicamente que no le interceptara los rayos benéficos del sol.

En ese momento de agradable ensimismamiento me acordé de la excursión que habíamos hecho a la cordillera pocos días antes. Era preciso ver el resultado de las fotografías tomadas en condiciones excepcionales durante la ascensión al volcán Calbuco. Me dirigí, pues, al cuarto oscuro instalado en un pequeño edificio contiguo al jardín.

Los ácidos preparados y las cubetas listas, podía comenzar el desarrollo de las placas. Al cerrar la puerta, noté con sorpresa que mi primo Samuel estaba situado delante de mí. Lo invité a permanecer en el cuarto oscuro, lo cual aceptó. Luego el desarrollo de las placas fotográficas ocupó toda mi atención. No me explicaba por qué iba tan lento el desarrollo del negativo.

Samuel, que era por lo común, parlachín y polemista, ahora permanecía silencioso. Estaba como aburrido. Le indiqué que no podría salir antes de terminar el desarrollo de esas vistas tomadas con tantas dificultades. No había duda, que la luz roja le fastidiaba. Hay personas que no la pueden soportar. En el cuarto ya no se sentía más que el triquitraque producido por las cubetas en su rítmico movimiento. Los ojos de Samuel producían una curiosa fosforescencia que yo no sabía a qué atribuir. Su vista estaba como clavada sobre una probeta en cuyo rótulo se leía: «Alcohol», la palabra que representaba su más grande inclinación, que tenía sobre él un

efecto poco menos que mágico. Repentinamente preguntó:

—¿Qué aplicación tiene el alcohol en la fotografía?

—Se usa para secar la gelatina de las placas en caso urgente,—le contesté.

Después de un rato lanzó un suspiro, diciendo:

—Esa maldita luz roja me fastidia. ¡Quién tomara ahora un trago de fuerte!

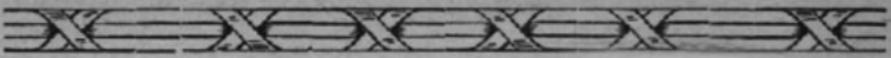
El desarrollo de las interesantes placas por fin estaba dando buen resultado, y, por lo mismo, mi preocupación era tanta que poco caso hice de las palabras de mi primo. Procedí a fijar las imágenes, y luego de terminado este trabajo, corrí el cerrojo, abrí la puerta, y pronto el buen sol de Mayo absorbió la penumbrosa luz roja del cuarto. Estaba tan absorto en mi labor que me había olvidado completamente de Samuel, que me sorprendí cuando una hora más tarde alguien vino apresurado a avisarme que él estaba a orillas del río a corta distancia, gravemente enfermo... Corrí vivamente hacia aquel sitio. Samuel yacía tendido sobre la yerba, en los estertores de la agonía. Yo no atinaba a explicarme la causa de aquella fatal enfermedad. Me incliné sobre él para procurarle alivio de algún modo; pero, todo esfuerzo resultó inútil, porque luego exhaló el último suspiro.

Mientras lo conducíamos a la casa, los sucesos

recientes invadían mi mente. Citado ante el juez, tratamos de reconstruir los pormenores del fatal accidente y luego nos dirigimos al cuarto oscuro. Presumía que en su ansia malsana, Samuel había bebido de la probeta con alcohol que estaba sobre el estante. Examinamos el residuo que quedaba en la probeta, y a la simple vista me convencí que había incurrido en un grave descuido. ¡Qué horror!, era percloruro de mercurio que se usa para reforzar las placas fotográficas el causante del mal... En esto gran parte de la culpa era mía.

Siempre había esperado regenerar a Samuel, que tenía algunas buenas cualidades de carácter. Como las apariencias del fatal suceso me comprometían mucho, la gente creía que yo le odiaba. Ahora mi porvenir, mis ilusiones, todo cuanto me hacía hermosa la vida, se derrumbó ante la funesta realidad de aquel drama, que me envolvió en un mortificante pesimismo.

---



## CAPITULO II

ANTE EL JUEZ.—LA PROPOSICIÓN.—UN ALMA CON  
QUIEN SIMPATIZAR.—EN VIAJE AL DESTIERRO.

Después de varios días en que la mente parecíame un torbellino de sentimientos, fui llamado nuevamente a prestar declaración. En tiempos normales yo habría podido considerarme amigo del juez. Aunque muchas veces nos habíamos encontrado juntos en amena charla, tenía mis dudas para creer en su sincera amistad. Sin embargo, en asuntos políticos y en otras cosas francamente no estábamos de acuerdo. Había personas que decían que a veces, le gustaba recordar rencores antiguos. Nunca había estado seguro si dudar de ello o no. Y ahora, después del dramático suceso, el juez se mostraba serio y posesionado de su cargo. Por una parte esto era una ventaja, porque en la mayoría de los casos el juez severo y grave es el mejor juez.

El dictamen parecía estar cercano. Pero algo había que lo dificultaba. ¿Influiría en su decisión la pesada y deprimente atmósfera que reinaba esa tarde? Hubo un largo silencio. El juez dirigía su mirada hacia afuera a través de la ventana. La lluvia caía en pesados goterones que parecían de plomo. El secretario, inclinado sobre la mesa, dormitaba. Miré también al exterior a través de la ventana, deseando que mi mirada encontrase la del juez en un instante en que nuestras reflexiones llegasen a un recíproco entendimiento. ¿Qué pasaba en el alma de aquel funcionario inmóvil? ¿El hombre o el juez, cuál de ambos sería más grande en él?

Y de repente pensé que aquel sería el momento propicio para proponer mi plan, elaborado durante la agitación mental de los días en que había pasado recluído en la prisión. Después que el juez me dio permiso para hacerle esa propuesta, sentado en su sillón y apoyando la barba en la mano, escuchó con atención. Todo en su actitud me alentaba a exponerle mi proyecto.

A causa de un descuido de consecuencias fatales, me consideraba culpable en cierto modo de la muerte de Samuel. Sin premeditación, por supuesto. Pero como tenía el sano propósito de no causar gastos al fisco, decidí ir a destierro voluntario por cinco o diez años a alguna isla austral. Todos los gastos de transporte correrían de mi cuenta, y, además, podía com-

prometerme a pagar una multa anual de mil pesos, por todo el tiempo que durará el destierro.

Cuando concluí mi exposición, el juez continuó observándome pensativo. De pronto se levantó de su silla y apoyó el dedo índice sobre el código que estaba al alcance de su mano; luego de hojear el libro, empezó a dictar la providencia al secretario, mientras por orden del magistrado, yo abandonaba la sala.

Cuando me fue comunicado el fallo, que en sus puntos principales coincidía con lo solicitado por mí, se me figuró recibir un pasaporte para un país desconocido. Ya en libertad provisional bajo fianza, pude dedicarme inmediatamente a los preparativos de la expedición.

Durante mi estada en la cárcel tuve ocasión de conocer a un hombre que estaba allí condenado por estafa. Su falta, aunque condenable según la ley, no había sido más que una especulación infeliz, un negocio malogrado. Su causa encerraba circunstancias tan curiosas, que dejaban la impresión de un problema no definido aún. Por lo demás, era de un carácter excelente. Poseía una vasta ilustración, y era simpático en su trato y en su aspecto. Fue el único a quien hablé de mi proyectada expedición. Cuando pudo conocer los detalles, se ofreció como compañero, a fin de soportar juntos las penurias y las alegrías del destierro. A pesar de nuestra amistad reciente, confié en la franqueza de su fisonomía, e imi-

tando al explorador Nansen cuando aceptó a Johansen como simple fogonero de la «Fram», lo tomé también, convencido de que sería un excelente compañero.

Quedaba el punto difícil de conseguir su excarcelación. Un hábil abogado, buen amigo mío, arregló estos trámites jurídicos conducentes al fin perseguido.

El juez permitió que me acompañara bajo la condición de presentarse cada año al juzgado más próximo por tres veces.

Tomé la relegación tan a lo serio, que sin vacilar me avine a liquidar todos mis bienes. Luego de haber hecho el depósito por las multas pagaderas todos los años, y después de asignar lo necesario a mi familia, me quedó todavía un depósito por algunos miles a plazo indefinido en la acepción más amplia de la palabra.

Preparamos la expedición secretamente porque era molesto ser objeto de la curiosidad pública. Nordsen, mi compañero, estaba en su elemento reuniendo lo necesario para el viaje. Con todo, ya se acercaba la primavera, cuando nuestro bote estaba listo en un pequeño embarcadero del golfo de Reloncaví.

El bote era de construcción ligera, pues como era preciso atravesar el istmo de Ofqui, debía ser un bote *anfíbio*, fácil de transportar, por el estilo de las *naves plegables* del antiguo Egipto, que servían para

atravesar las cataratas del Nilo. El cargamento consistía en provisiones, herramientas y útiles para cultivar las tierras australes, como también libros para cultivar la mente y el corazón. El 7 de Agosto, en las primeras horas de la madrugada nuestro barquichuelo zarpó hacia el sur.

La navegación a lo largo del golfo de Reloncaví se hizo al principio algo penosa. El mar a menudo estaba agitado; las calmas venían sólo de tarde en tarde. Pero a medida que avanzábamos hacia el Sur nuestra excursión marítima iba mejor porque los canales que surcábamos nos proporcionaban cierto abrigo. Ya terminábamos la navegación por el litoral del golfo de Corcovado. Después bordeamos la isla Magdalena por el canal Jacal y el estuario de Puyaguapi. El panorama era hermoso, principalmente frente a las últimos islotes del Canal de Moraleda. Atravesamos en seguida la boca del estuario Aysen, entrando al canal Darwin y luego al canal Errázuriz. Recorrido éste, nos introdujimos en el estuario Elefantes.

Hacia el Este se nos presentaba la costa boscosa con sus magníficas montañas nevadas al fondo, sobresaliendo los montes de San Clemente y San Valentín. Al Oeste teníamos el litoral de la gran península de Taitao. Recorrimos un canal relativamente estrecho para entrar en la laguna de San Rafael. El istmo de Ofqui puso un paréntesis a nuestra nave-

gación y nos obligó a buscar un sitio apropiado para efectuar la travesía por tierra.

Afortunadamente encontramos varios pescadores y leñadores de Chiloé, que ahí habían emprendido una faena por su cuenta. Con su ayuda proseguimos el avance, y aprovechando un camino antiguo, transportamos el bote y su carga a través del istmo con auxilio de rollos y planchones. El 18 de Septiembre, día de la patria, habíamos concluido justamente esta ruda labor.

Instalados de nuevo en el bote, nos rodeaban los buenos hombres que nos habían ayudado en la travesía por tierra. Con sus rostros francos nos miraban ceremoniosamente. Un suave empujón ayudó a la zafadura del bote, poniendo fin a la escena una brisa nortina que hinchó la vela, imprimiendo a la nave nuevo rumbo al sur.

Nordsen descansaba de las fatigas de los últimos días, mientras yo empuñaba el timón. Verdaderamente, aquel hombre era para mí como un colaborador providencial. Me decía a mí mismo que un viaje solitario, tal como yo lo había imaginado al principio, habría sido una temeridad. Probablemente tampoco lo habría extendido más allá de la península de Taitao, mientras que ahora, estábamos decididos a buscar nuestra suerte mucho más al sur.

Llegamos luego a orillas del río Tadeo. Debido al deshielo, había aquí una regular corriente y con la

ayuda de la vela íbamos navegando rápidamente hacia el Sur. Uno de nosotros estaba junto al timón, con *mucho ojo*, por cierto, mientras el otro, recostado en la proa del bote, podía observar tranquilamente cómo chisporroteaba el agua. Nos deslizábamos velozmente hacia el golfo de San Esteban. Y ya veíamos la mar gris y siniestra del golfo de Penas. ¿Tendríamos que experimentar el significado verdadero del nombre de aquel golfo en nuestro débil barco?

Había que recorrer unas 65 millas expuestos a la braveza del mar. Recogimos, pues, la vela en más de la mitad, aseguramos todo lo que pudiera ser barrido por las olas y tomamos las medidas del caso. Sin embargo, todo anduvo mejor de lo que habíamos creído al principio. Desconfiando de esas olas pesadas y de los fuertes vientos que instantáneamente habrían podido transformarse en fuerte huracán, navegamos caleteando, pegados lo más posible a la costa. Naturalmente el trayecto resultaba así mucho más largo, pero eso no importaba, ya que no había prisa.

Por fin, después de cinco días de viaje llegamos al canal Messier, cuyas aguas ya eran más tranquilas. Nos internamos algunas millas en el estuario de Baker, pero como éste no convenía a nuestros propósitos, lo abandonamos nuevamente para dirigirnos más al Sur. Navegando entre las islas Prat y Serrano, bordeamos la isla Campana y entramos en el archi-

piélago que queda abrigado al Sureste por las montañas laderas de la isla Wellington.

En la costa ya habían desaparecido los últimos vestigios de la civilización. Nos encontrábamos rodeados únicamente de la esplendorosa naturaleza cuando ya se iba aproximando el término de nuestro azaroso viaje. Navegando en plenos canales tornamos rumbo hacia el Este. Cuando pasábamos cerca de alguna isla la observábamos con atención, y así pasó una y otra y varias más, hasta que por fin, un archipiélago nos interesó vivamente. Había un grupo de tres islotes, y un poco más allá una isla, isla espléndida, romántica, atrayente. Nordsen manejaba el timón; sus labios permanecían fuertemente apretados, sus ojos parecían retratarla. Casi automáticamente viramos por el lado oriente de la isla hacia el Sur. Era boscosa por sus tres costados; hacia el Norte, una colina en parte descubierta servía de baluarte natural, y por el lado en que sale el sol, había una ensenada deliciosa en forma de herradura. Hacia allá señalé la ruta y el fiel bote obedeció pronto al timón.

—Nordsen, ¡mire! ¿Verdad que éstas son sensaciones semejantes a las que experimentaría Colón al pisar tierra americana?

—Aquí nos quedamos—exclamó Nordsen. ¡Pie a tierra! Y el eco de su voz sonora repercutió en las rocas y en los árboles de la ensenada.

Se aproximaba la hora del crepúsculo. Una vez

desembarcados y puesto en orden nuestro cargamento, recorrimos un poco los alrededores. De pronto, a alguna distancia, un animal curioso llamó nuestra atención.

—Es un venado—dijo Nordsen en voz baja.

—Para un venado me parece demasiado grande—repliqué yo. En ese instante recordé que su postura era igual a la del huemul en el escudo chileno. Luego de acercarnos, quedamos algo desilusionados, pues lo que creíamos un animal vivo era sólo un tronco que tenía esa curiosa forma. Parecía que la isla no cobijaba animal alguno. Estaba abandonada por completo.

—Sin embargo—dije yo entonces—que valga el huemul: La isla del Huemul será nuestra pequeña patria.

Esa noche, cuando la luna derramó sus argentinos rayos por la ensenada, como observando curiosa a los dos hombres que desde lejos, habían venido a habitar la isla solitaria, nosotros reposábamos ya sobre un lecho de musgo caídos en profundo sueño.

---



### CAPITULO III

LA SENSACIÓN DE DESCUBRIR.—TOPOGRAFÍA APLICADA.—LA PRIMERA COSECHA.—DESPEDIDA MUDA.—LA MARIMBA MAGALLÁNICA.

Cuando despertamos al día siguiente sentimos una satisfacción profunda, y fue la de encontrarnos, por fin, en puerto seguro. Mientras estirábamos los miembros resentidos por la inmovilidad de varios días en un estrecho bote, formamos un plan sistemático para instalarnos. Primeramente, había que explorar toda la isla, averiguar las condiciones del viento, de las corrientes y de las aguas lluvias. Tal como el avecilla, que en primavera busca un sitio apropiado para su nido, nosotros fijamos el plano de nuestra vivienda en una parte abrigada, pero que al mismo tiempo quedaba cerca de un buen punto de observación.

Posiblemente, la isla ya había sido localizada y

quizás recorrida por un escampavía de la armada, pero como nosotros lo ignorábamos, no trepidamos en proceder en esta tierra como si fuéramos los descubridores. Como tales dábamos nombres a todos los puntos geográficos que presentaba la isla. Si por acaso los oficiales de la marina de guerra ya habían fijado y denominado aquellos sitios, ¿qué importaba? Era preciso darle un nombre a las cosas para servirnos de punto de orientación. El nuestro sería entonces el nombre vulgar y el otro el nombre oficial.

Así se resolvió proceder. La ensenada en la que primero pusimos pie, por su forma se le dio el nombre de bahía del Escudo; el cabo que quedaba al Norte, cabo Valdivia, y la punta al Sur, Upsala, por ser así el nombre de la ciudad natal de Nordsen. Así sucesivamente, mediante un acuerdo amistoso, dábamos nombres geográficos a los diferentes sitios de la isla.

Construímos nuestra vivienda en la pendiente Norte de la colina del Dragón. Era del tipo *blockhaus*, en puro estilo noruego, a base de troncos cortados y labrados a la ligera. En resumidas cuentas, era sólo una cabaña, pero a pesar de esta circunstancia no dejaba de ser confortable y de aspecto romántico. Ansiaba ver cómo Nordsen demostraría su capacidad de constructor, y luego me convencí de que era tan perito en estas obras como en las marinas. En efecto, era un experto explorador de mar y tierra.

En la mayoría de las construcciones, el problema de la techumbre es un punto difícil de resolver. O la calamina no se puede conseguir, o la teja es demasiado pesada, o bien la tejuela es demorosa para colocarla. Cuando se nos presentó ese problema, Nordsen supo salir del difícil paso. Sacó largos trozos de corteza de los árboles más corpulentos, los acomodó sobre el armazón de listones, y ya colocados los trozos, los cubrió con pedazos regulares de champa de césped, que crecía en abundancia en el costado Sur de la colina del Dragón. En Suecia antiguamente todas las casas tenían techumbre como esa. La famosa Universidad de Upsala, de la que el gran Linneo era catedrático, ostentaba techumbre de césped hasta mediados del siglo pasado.

—¿Qué más queremos?— dijo Nordsen alegremente después de concluído aquél trabajo—ya tenemos una abrigada cabaña cubierta con cuero de vientre de un dragón!

Después de esto nos entregamos de lleno a las labores agrícolas.

Los deliciosos días de estío pasaron rápidos. Nuestra huerta nos ofreció el goce de la primera cosecha de leguminosas y verduras. Un pequeño lote de terreno en el que sembramos avena dio buen resultado, pero la cosecha de trigo fracasó. Apenas pudimos salvar un escaso porcentaje para semilla. Frutillas silvestres había en abundancia, como también varios

otros frutos que la montaña nos ofrecía. Estando próximo el invierno, ya teníamos una regular cantidad de provisiones para los días de lluvia y de frío.

Cuando afuera parecía caer un pequeño diluvio, aprovechábamos el tiempo en la cabaña, entregados a algún trabajo manual, leyendo, charlando o simplemente observando la combustión de la leña, que irradiaba su calor, desde la chimenea.

Rápidamente llegó el verano siguiente. Nordsen debía partir con el fin de presentarse a la justicia, como quedó estipulado ante el juez. Llegado el momento de despedirse, no quisimos hablar una sola palabra ni él ni yo. Cada cual sabía lo que tenía que hacer. ¿Para qué dar recados? Pero confieso que no fue eso lo que nos indujo a callar. Fue como una especie de soberbia, de vergüenza o de despecho— qué sé yo— por no aparecer emocionados. De sobra comprendíamos que si alguno de nosotros pronunciaba una palabra, el otro notaría el temblor de la voz. La mañana aquélla no estaba muy apropiada para que Nordsen se hiciera a la mar. Durante la noche se habían acumulado pesadas nubes y amenazaba llover a cada instante. Pero como no habría de ser la única lluvia que Nordsen debía soportar en su solitario viaje, y ya todo estaba listo, él no quiso retardar un solo instante su partida. Por último,

mientras yo sujetaba el bote con un bichero (1), Nordsen desató la cuerda de proa y la enrolló cuidadosamente, pero como el lazo no resultaba perfecto por la nerviosidad del momento, repitió la operación varias veces y después me tendió bruscamente la mano. Estreché su diestra con efusión, y así ya separados y mudos ambos, zarpó la embarcación.

Para seguir con la mirada la estela del bote, subí a la colina del Dragón y me quedé allí hasta ver que el bote materialmente desapareció en el horizonte. Creo que la emoción que sentí entonces, no fue motivada en realidad por el hecho de quedar solo, sino porque temí por la suerte futura de aquel hombre sincero y bueno.

Las múltiples ocupaciones en la casa, en la huerta y en la cosecha, ya más intensificada, absorbían todo mi tiempo y casi no me hacían sentir mi soledad. Trabajaba con constancia y firmeza, a fin de no caer en ese estado de depresión desesperante de los «robinsones». Deseaba que a Nordsen no le ocurriera en su larga correría marítima lo que le ocurrió al capitán Josua Slocum. Este relata que al atravesar el Océano Pacífico en una chalupa en su viaje al rededor del mundo, no había desesperación igual a la de encontrarse solo en la inmensidad del mar. Para mitigar esa desesperación, el capitán gritaba, se reía a

---

(1) Un mango de madera que tiene en un extremo un gancho de hierro.

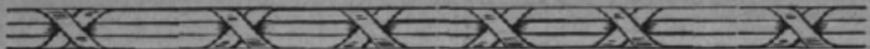
carcajadas y cantaba, sólo con el objeto de hacerse la ilusión de que no estaba solo.

En un costado de la colina del Dragón habíamos construido con faginas una pequeña represa, cuyo contenido, acumulado por las lluvias, desaguaba por un canal y nos servía para poner en movimiento una rueda hidráulica que nos proporcionaba fuerza motriz de gran utilidad para nosotros. Combinándolo con esa fuerza, Nordsen había instalado un dispositivo musical que era otra prueba de su vivo ingenio: un cilindro de madera bien centrado estaba provisto de clavos del mismo material. Al girar el cilindro, los distintos clavos tocaban unos martillitos y éstos golpeaban sobre el teclado, que en definitiva era un xilófono. La idea de tal aparato le vino a Nordsen una vez cuando cortábamos madera en una bahía cercana. El ciprés de Guaitecas, el mañiú y el ciruelillo son de madera esencialmente sonora. Cortada en pequeñas tablitas y formando un xilófono con ellas, resulta una buena escala cromática. Nordsen lo combinó además con otros instrumentos improvisados y el conjunto lo llamamos «Marimba magallánica». En verdad, no dejaba de impresionar, oír en la isla del Huemul el eco de una popular canción sin más trabajo de nuestra parte que levantar una pequeña compuerta y la impulsión del agua ponía en movimiento la rueda hidráulica y sonaba la marimba. Ahora, dentro de mi papel for-

zado de Robinson, de cuando en cuando, iba al molino para oír una pieza del escaso repertorio, principalmente la canción de Werner, que, a pesar de tener más de un siglo, cuenta con simpatías entre grandes y chicos. Escuchándola a la distancia, se me figuraba como un mensaje de amigos lejanos; o bien, del fiel compañero que quizás estaría luchando con los implacables elementos.

Esos momentos de emoción, sin embargo, eran raros. Tenía muchas cosas con qué entretenerme. El trabajo múltiple, la observación de la naturaleza, el estudio y la lectura, todos factores agradables de la vida real, hacían pasar las horas en armoniosa continuidad. El trabajo en la sociedad humana es distinto al del ermitaño en el sentido de que este último aprovecha y goza el resultado de su obra sin variación. En la sociedad el trabajo está muy subdividido; cada cual da su aporte, recibiendo en cambio, una parte del producto total de la labor de todos. Pero cuando labora el ermitaño, especialmente si vive en una zona en que la naturaleza no tiene la prodigalidad de los trópicos, debe ser muy circunspecto y previsor para defenderse de las inclemencias del clima y para encontrar cierto bienestar y tranquilidad de espíritu, al estar consciente de que ha aprovechado bien las lecciones de la ciencia agrícola para recolectar los productos que le son útiles.

---



## CAPITULO IV

EL MAR CONSUELA.—UNA NUBE SINGULAR.—DIFERENCIA DE CARÁCTER ES UNA VENTAJA.—ISLA CON CRÓNICA.

Es un consuelo observar el mar. Con mucha razón nos dicen los marinos, que el mar tiene una gran ventaja sobre la tierra, y es que se muestra siempre diverso. Uno se va familiarizando con el mar que se observa todas las mañanas y todas las tardes. La imaginación es tan poderosa que el ojo espiritual abarca mucho más de lo que percibimos del paisaje. El oleaje que se forma, el colorido que adquiere la líquida superficie según el estado del cielo, todo es variación. Con la mirada fija en un punto dado del líquido elemento, penetramos imaginativamente en él; vemos su agitada vida submarina, las rocas informes azotadas por las algas en la amarillenta luz de la profundidad. Y esto no es una quimera: es la

vida misma. Podríamos tomar un bote y un traje de buzo para comprobarlo.

En la isla del Huemul sólo un reducido sector del horizonte estaba abierto hacia el Oeste. Justamente por él iba el camino por el cual podían llegar mensajes de Puerto Montt o de Ancud. Habían pasado ya muchas semanas sin que se mostrara ningún punto extraño en el horizonte. Apostado en el mirador de la colina del Dragón observaba a menudo el mar, de un color verdoso en la cercanía, que a lo lejos se veía de un azul intenso.

Una mañana noté hacia el Oeste una nube singular. ¿Sería humo? Poco a poco esa visión singular avanzó y entonces distinguí que era un escampavía de la armada. La embarcación se acercaba más y más. Ostensiblemente, traía rumbo fijo a la isla. ¡Qué curioso! ¿Vendría para explorar estas tranquilas enseñas o traería una misión determinada?

La embarcación avanzó tan rápidamente que podía oírse el ruido de las máquinas y verse el movimiento de los marineros a bordo. Se sentían las voces de mando con toda claridad. Un momento más y la hélice se detuvo. Luego fue arreado un bote al agua.

Abandoné mi punto de observación y me dirigí hacia la playa a fin de hacer las veces de capitán de puerto. Se aproximó a la bahía una esbelta chalupa movida por cuatro remos; luego los hombres quedaron inmóviles con los remos en po-

sición horizontal y el oficial que los mandaba saltó sobre la playa. Mientras cambiábamos saludos, otro tripulante, a quien sólo había visto la espalda, también desembarcó y se abalanzó hacia mí con los brazos abiertos. ¡Qué grata sorpresa! Ese tripulante desconocido era Nordsen, a quien yo creía luchando con las dificultades que ofrece al navegante la travesía del golfo de Penas. Inteligentemente él aprovechó la oportunidad de venir en el escampavía, en circunstancias que éste debía cumplir una misión científica por los mares del Sur. Regresaba feliz por su completa rehabilitación ante la justicia que se pudo obtener gracias a los empeños de nuestro amigo el abogado.

El escampavía, además del bote nuestro, traía consigo una cantidad de objetos útiles con ayuda de las cuales, la vida en la isla del Huemul se hizo comfortable. Como conocía bastante bien a mi compañero, no le había hecho encargos especiales. Y por lo mismo, comprendí que él traería el bagaje más conveniente cuyo peso, no fuera peligroso para la navegación del bote. Pero ahora que regresaba en el escampavía había puesto en juego su talento organizador. Con él trajo un pequeño dinamo generador de luz eléctrica, una colección completa de herramientas, un microscopio y otros instrumentos; un perro fox-terrier, semillas, libros y demás objetos de positiva utilidad; un regular lote de vidrios

que nos permitiría el lujo de poseer dos ventanas propiamente dichas en nuestra cabaña, en vez de dos portillos, y el resto de los vidrios, serviría para un pequeño conservatorio.

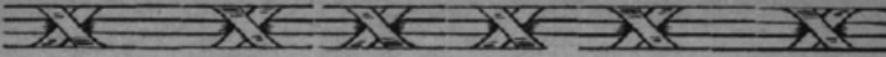
Ya iba teniendo tanto apego a la vida isleña, que ni en sueños me imaginaba abandonarla. La vida era allí apacible sin estar exenta de la lucha por la existencia, que temple el carácter, aumenta la energía y aviva los sentidos corporales. Por otra parte, los árdulos problemas que se presentaban en la patria, en la isla no existían. El desgobierno, el problema social obrero, el de los ferrocarriles, de los gestores administrativos, de los caminos, para la isla del Huemul, todo eso era cosa resuelta. Otros, como el militarismo, el feminismo y otros ismos allá eran un mito. Teniendo una base moral para todos nuestros actos, aplicando a ellos un esfuerzo físico adecuado y un desarrollo mental provechoso, y encontrándonos en un medio ambiente que nos procuraba armonía y felicidad, nada más podíamos desear. Además, la sobriedad nos hacía conformarnos con todo.

Entre el carácter de Nordsen y el mío había una marcada diferencia, pero en las condiciones de vida aislada que llevábamos, esa diferencia de carácter era por el contrario, una ventaja. Tenía él un carácter impetuoso, no exento de cierta tenacidad para el trabajo. Siempre hacía combinaciones para aprovechar mejor las fuerzas de la naturaleza en nues-

tra pequeña isla. En épocas favorables del año, él era quien organizaba las excursiones a los alrededores. Recorríamos en bote las partes más interesantes del cercano archipiélago. Cuando en esas excursiones nos sorprendía algún temporal u ocurría alguna dificultad imprevista, Nordsen, con su admirable presencia de ánimo y su valor a toda prueba, maniobraba de manera que siempre salíamos airosos de la dificultad.

En cambio, yo encontraba un goce singular en la investigación del por qué de las cosas. Podía estar horas y horas observando la fauna marina en la playa o investigando las leyes de la hibridación en las plantas que cultivábamos. También corría a mi cargo la redacción de la crónica de la isla de Huemul.

En la vida ordinaria de la gran sociedad, estas pequeñas preocupaciones parecerían nimiedades, porque el individuo forma sólo un pequeño engranaje de la gran máquina de la civilización. Pero allá en la isla, nuestra vida formaba un punto central, y por eso yo registraba todo lo que podía relacionarse a nuestra vida, con el cariño y la solicitud que una madre manifiesta por su hijo pequeño. De ahí que con la crónica y la estadística de la isla del Huemul, podrían llenarse varios tomos. Pero como estos detalles fatigarían al lector, describiré sólo a grandes rasgos los acontecimientos ocurridos.



## CAPITULO V

CIENCIAS ATRASADAS.—VIAJE DE ORGANIZACIÓN.  
—TESOROS SUBTERRÁNEOS.—«PATAGÓN» Y «FUE-  
GUINO».

Me sucedió como a muchas personas, que llegando a la edad madura toman interés por algún arte o una ciencia que antes los dejaba indiferentes. Fue así como empecé a tener gran afición por la química y la astronomía; probablemente, antes me había faltado tiempo para dedicarme a ellas. Como por la misma falta de afición anterior sólo tenía nociones elementales de ellas, hice, por decirlo así, un curso completo de química y astronomía, estudiando la materia a fondo. ¡Qué maravillas se fueron desarrollando en torno mío cuando guiado por las leyes que rigen la materia orgánica e inorgánica, se presentaban muchas soluciones interesantes de la constante evolución en la naturaleza. Después de todo,

la química está innata en nosotros, pues de los cinco sentidos hay dos esencialmente químicos, que son el olfato y el gusto. Los otros tres sentidos, la vista, el oído y el tacto, son sentidos físicos y abogan por lo mismo en favor de nuestro instinto físico.

En Octubre de 1928, Nordsen comenzó a hacer sus preparativos para un nuevo viaje al norte. Ya no estábamos tan emocionados como la primera vez; sin embargo, debo confesar, que existía cierta nerviosidad en nuestro estado de ánimo. La causa primordial se basaba en un descubrimiento que nos había tocado hacer, en una de nuestras correrías por las comarcas cercanas a la isla del Huemul. La isla que queda al oriente de ella es de poca elevación. Su curiosa forma geológica había atraído nuestro profundo interés, porque se nos figuraba como el extremo de una depresión prehistórica, como una especie de delta de tiempos primitivos. Nordsen que conocía muchos distritos mineros de Noruega y de Rusia, dedujo de ello que con el correr de los siglos podrían haberse acumulado en aquel delta, metales de cierta pesantez. Su intuición fue coronada por un éxito bastante lisonjero, pues explorando cuidadosamente, descubrimos yacimientos de tierras areniscas y de trocitos de conglomerados que contenían platino asociado al iridio.

Una cantidad de proyectos cruzaron nuestra mente y deliberamos sobre ellos para formar un plan

definido. Sin duda se podían llevar a cabo muchas cosas que podían significar un gran progreso para toda la comarca. Pero en el centro del país, Nordsen trataría con otros ciudadanos que tendrían un concepto distinto de las cosas y cualquier empresa nueva necesitaría, ante todo, mucho dinero. Nordsen pensó desde luego dar conferencias y después formar una sociedad anónima a fin de reunir el dinero indispensable. Sería necesario, por lo tanto, adquirir un barco y colonizar parte de las tierras del litoral, frente a la isla del Huemul. Con todo, las expectativas, para la colonización no eran malas. En primer término, una explotación minera podía llegar a ser de grande importancia. Por lo demás, un clima sano y bueno y un paraje singularmente bello, era favorable a nuestros proyectos.

Otra vez más llegó el día de la partida. Esta vez estábamos locuaces y risueños. Además de su bagaje habitual, mi amigo llevaba bien acondicionadas en una jaula, sus dos focas que respondían a los nombres de Fueguino y Patagón. Estos animales los habíamos capturado una mañana en una playa de una isla más austral; en aquella ocasión, tuvimos que quitárselas a viva fuerza a las focas viejas. Para impedir que se escaparan esos simpáticos animalitos, Nordsen sacó rápidamente su amplia chaqueta y metió una foca en cada manga, cerrando después arriba y abajo. Al no tomar esa medida seguramente

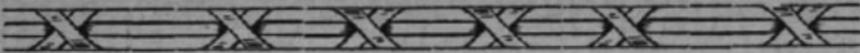
se nos habrían escabullido, pues eran resbaladizas como anguilas y una vez llegadas al agua habrían huído. Nordsen las tomó a su cargo y las domesticó y adiestró completamente. Ahora ya estaban crecidas, sus ojos brillaban como los de un perro faldero cuando Nordsen les hablaba. Fueguino, era de carácter suave y muy juguetón. Hacía equilibrios y puetas con una antorcha encendida; Patagón, algo más crecido y más arisco, movía la cabeza y tocaba una combinación de bombo y platillo según se le ordenara; ambos iban ahora al continente, con el fin de auxiliar la propaganda de Nordsen por la proyectada colonia.

Nordsen llevaba ahora encargos por mayor. Había necesidad de completar el pequeño laboratorio químico y de adquirir algunos libros sobre diversos tópicos, amén de todo lo que había que traer para el funcionamiento del nuevo centro minero y de sus dependencias. Con la nueva instalación radio-telefónica proyectada, podríamos estar en contacto con artistas y conferencistas de varias ciudades del continente.

La ausencia de Nordsen duró mayor tiempo. Apenas notaba la soledad. Instintivamente la idea de que pronto vendrían algunos pobladores a radicarse cerca de la isla del Huemul, me hacía apreciar más el *espléndido aislamiento* como lo dirían los habitantes de una gran isla europea. El contacto directo con la

naturaleza tenía más que nunca un gran atractivo para mí, y por lo mismo, deseaba aprovechar ese delicioso estado de ánimo que produce observar la naturaleza virgen, tal como nos han narrado tan entusiasmados, varios grandes exploradores como Stanley, Sven Hedin y Nansen.

---



## CAPITULO VI

PRIMER TOQUE DE SIRENA.— LA MINA SCANDIA Y SU POBLACIÓN.— LEYES VERDADERAMENTE DEMOCRÁTICAS.— PUERTO URANO.— ENSAYOS BOTÁNICOS.— OBSERVATORIO MARINO.

Por fin, a mediados de Febrero del año 1929, el agudo toque de una sirena repercutió en los bosques y en las rocas de la isla. Era el buque-motor «Urano» aparejado por Nordsen, que venía a cargo de un joven marino. El mismo se había quedado en el estrecho de Ofqui, donde con actividad febril y por su orden, se estaba construyendo un madero-carril, para transportar el «Urano» y otros buques a través del istmo, evitando así la peligrosa navegación alrededor de la península de Taitao. El «Urano» fue construido en Valdivia, provisto de buen velamen y de un motor auxiliar a bencina. Llegaron en él los primeros hombres que debían poblar la nueva colo-

nia que se formaría en torno de las minas. Algunos artesanos comenzaron desde luego la construcción de viviendas para estar resguardados del frío del invierno, que no tardaría en aproximarse.

Por lo que a mí toca recibí un extenso pliego con instrucciones sobre la nueva población a organizarse. Por los diarios y revistas del continente, también pude imponerme de que allá en la patria se estaban implantando reformas transcendentales. Había más acción y menos burocracia. El laberinto de leyes que antes se contradecían, había cedido el campo a una legislación, más concisa y más eficaz. Cuando Nordsen hizo el pedimento de la mina «Scandia», se encontró con que ya no se hacían las vastas concesiones de antes. Todas las nuevas minas se consideraban como de propiedad del Estado, el cual las arrendaba a aquellos que deseaban explotarla. El descubridor de una mina tenía en todo caso la preferencia, en el arrendamiento y fue así como Nordsen pasó a ser arrendatario del Fisco por la mina «Scandia» y una buena extensión adyacente, por una suma, que él mismo propuso, y que fue aceptada. Después de algunos trámites obtuvo el apoyo financiero que necesitaba por intermedio de la Bolsa de Comercio de Valparaíso y lógicamente, llegó a ser gerente técnico de la nueva empresa. Se concedía el plazo de un año para hacer las instalaciones y ya terminadas, debía pagarse al Estado un alquiler de 17% sobre

la utilidad. siempre que ésta no pasara de cien mil pesos al año, pues más allá de esa suma, aumentaba progresivamente el tanto por ciento.

Con los terrenos agrícolas pasaba una cosa parecida. Ya no se concedían parcelas para la colonización, sino que el Fisco las ofrecía en arriendo a los ocupantes que lo solicitaban, dando preferencia a los grupos de postulantes que hacían promesa formal de proceder en forma cooperativa. En igual forma la isla del Huemul, que nosotros en un principio considerábamos una tierra que a nadie pertenecía, pasaba a ser de propiedad fiscal registrada y yo figuraba como arrendatario por un plazo ilimitado. Si pagaba el alquiler y por lo demás cumplía con las pocas cláusulas del contrato, el Fisco no podía desahuciarme, excepto en el caso de que hubiera pruebas de que ejercía dominio sobre muchos terrenos en arriendo a la vez. Podía aún legar el derecho de usufructo a algún heredero consanguíneo en línea recta. El alquiler de los terrenos agrícolas era mucho más bajo, proporcionalmente que de los terrenos mineros y como desde el año 1926 había moneda fija, el valor del arriendo quedaría siempre igual. El alquiler sólo podría aumentarse si yo no quería continuar con el arriendo, pasando el usufructo a otras manos. En este caso se hacía necesario hacer un nuevo avalúo de las tierras, y, además, era deber del nuevo ocupante pagar las mejoras, que al mismo tiempo se

abonaban al anterior sin contar cierto porcentaje de bosques, que están bajo el control de la ley forestal.

El embarcadero que quedaba como a medio km. de los terrenos platiníferos fue denominado Puerto Urano. Contaba con solo 14 habitantes por el momento, y de ellos 6 eran operarios a contrata. Como entre los primeros había dos matrimonios, el feminismo ya dejó de ser un mito para la región.

Conforme a la topografía del terreno, se hizo la distribución de las parcelas. Una vez preparada la madera, se dio comienzo a la edificación de las casas. Después de algunas semanas pudo oírse nuevamente el toque característico de la sirena del «Urano». Nordsen venía feliz. El estrecho de Ofqui ya se podía atravesar en carril de una manera bastante expedita. Quedaba con ello desde ahora establecida la navegación regular entre el establecimiento «Scandia» y el puerto de Ancud. En este segundo viaje llegaron algunos hombres más, como también un lote de maquinarias y repuestos muy modernos, para cuyo transporte fue preciso equipar una balandra traída a remolque por el «Urano». En la colina más alta fue instalada una pequeña estación de telegrafía inalámbrica dependiente de la de Taitao lo que nos permitía comunicarnos con el continente y obtener frescas las noticias que interesan al mundo entero. Como la telegrafía inalámbrica se había perfeccionado, el funcionamiento de la instalación era casi

automático, necesitando muy poca atención personal.

En este favorable estado de cosas, pronto empezó a notarse cierto florecimiento en Puerto Urano. Nordsen había puesto todo empeño en aplicar el talento que tenía para conocer a los hombres y saber seleccionar a aquellos más útiles para la empresa. El resultado era palpable. En la mina se hacía el trabajo con sistema y con gran provecho. En la pequeña población se notaba aseo, orden, colores armoniosos, jardines y plantaciones. En verano, de cuando en cuando, llegaba al puerto un yate de turistas. Todos los viajeros estaban de acuerdo en que allí había un pedazo de tierra tan floreciente como no se habría podido encontrar ni aún en Noruega.

En el tiempo que me tocó estar en la isla del Huelmul, continuaba mi vida apacible. Seguía los experimentos botánicos al aire libre y estudiaba la aclimatación de nuevas especies con ayuda del cómodo conservatorio. En los árboles frutales pude continuar los interesantes experimentos realizados por el famoso *pomólogo* (1), y catedrático Van Mons en Bruselas, quien desde el año 1780 ensayó y observó sus siembras de árboles frutales durante 51 años consecutivos con laudable paciencia y con gran provecho para la fruticultura. El ingerto y la hibridación *también nos procura sorpresas*, las cuales, sin embargo, pue-

---

(1) Nota del Autor.— Persona que estudia aquella parte de la arboricultura que se ocupa de los frutos de pepa.

den predecirse en muchos casos de acuerdo con la teoría de Mendel. En el conservatorio cultivaba varias especies de plantas tropicales y subtropicales. De cuando en cuando, me era dado saborear el fruto de una piña, chirimoya o guayaba. O bien, cortaba un trocito de caña de azúcar para darle un agradable ejercicio a mandíbulas y muelas. Por selección de la semilla obtuve una variedad de trigo apropiada al clima magallánico y un sorgo (1) que daba un alimento muy nutritivo.

A excepción de las abejas que tenía distribuidas en algunas colmenas, los insectos faltaban casi por completo en la isla del Huemul, lo que al fin y al cabo era una ventaja, porque el daño que causan generalmente, no queda compensado con el goce que podría proporcionar su observación a unos habitantes tan aislados como nosotros.

Algunos días de la semana yo tenía trabajo en la oficina del establecimiento «Scandia», donde estaba a mi cargo la estadística. Además, de cuando en cuando, daba conferencias a los habitantes.

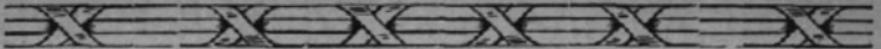
En la punta sur de la isla del Huemul, hacia el lado de Upsala, había una pequeña ensenada de rocas y algas. Como el acceso a ella era angosto, le hicimos un pequeño tajamar de concreto, de manera que aquel recinto permanecía cubierto por algunos

---

(1) Zahuna, gramínea alimenticia.

centímetros de agua, sólo durante la alta marea. Así el agua se renovaba cada par de horas trayendo residuos alimenticios frescos que servía de alimento a algunas especies marinas y peces que vivían ahí espontáneamente o colocados por nosotros en aquel estanque de agua cristalina. La ensenada era un punto de observación muy interesante. Como nos presentábamos en son de amistad y no como enemigos, los peces, camarones y anguilas se acostumbraron tanto a nuestra presencia que se acercaban para recibir el alimento que les destinábamos. Ese paraje nos procuró muchas horas de deleite, y por lo mismo le dimos el nombre de «Mónaco».

---



## CAPITULO VII

EL CANAL DE TAITAO.— PUERTO URANO IMITA A  
SUS ANTIPODAS.— EL PETRÓLEO PROPORCIONA  
FACILIDADES.

El canal de Taitao que atravesaba la angostura de Ofqui, quedó terminado en el año 1940. Construído bajo los auspicios del gobierno por los ingenieros de la concesión de Reloncaví, su inauguración, naturalmente, debía verificarse con cierta pompa. Fueron varios los habitantes de Puerto Urano que asistieron a aquel acto de capital importancia para la región magallánica. Sin embargo, preferí quedarme en mis lares, asistiendo sólo en espíritu y contentándome con escuchar por radio los discursos, la música y las salvas oficiales. La inauguración del canal, que tuvo lugar el 7 de Enero, dejó la pasada libre a muchas naves grandes y pequeñas. Entre éstas venían cuatro yates de turismo, que iban a hacer el reco-

ruido de los canales y archipiélagos. Desde esa fecha podían verse llegar turistas más a menudo a Puerto Urano. Bajaban a tierra y recorrían con placer la pequeña villa, exenta de cantinas y boliches y totalmente construída conforme a un plan estético de arquitectura. Gran parte de la buena utilidad que arrojaba la mina «Scandia» se invertía en mejoras, que a su vez se aprovechaban por todos los que ahí vivían, como también por los visitantes. La escuela hogar, el edificio social con sala de espectáculos, biblioteca, baño y el pabellón de la cooperativa de consumos, llamaban a tal punto la atención de los turistas, que muchos de ellos tomaban fotografías de los edificios más importantes.

El parque con su jardín botánico y pequeña colección zoológica, también constituía la atracción de muchos viajeros, principalmente, de aquellos que venían de puntos lejanos, y por lo mismo, su deseo era ver reunidos los representantes característicos de la flora y la fauna magallánica. Estas colecciones se debían a la labor, principalmente, del profesor de la escuela, hombre muy concienzudo y estudioso, que con ayuda de sus discípulos entusiastas, había reunido aquel interesante conjunto de riqueza y variedad que ya estaba adquiriendo renombre.

Como los turistas, después de visitar Puerto Urano seguían, generalmente, rumbo al sur, para internarse después al Paso del Indio, dejaban aislada la

isla del Huemul. Este aislamiento yo lo consideraba agradable, pues así la isla conservaba su fuerte atractivo para mí.

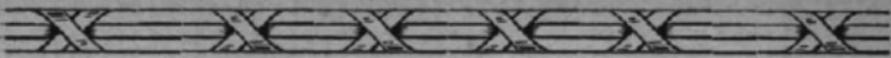
Así las cosas y transcurrido el tiempo, Nordsen formó su hogar. Tanto su mujer como sus dos niños me eran muy simpáticos. Cuando deseaba pasar un rato en su compañía no tenía más que atravesar el canal en el bote que siempre estaba a mi disposición. Mientras que cuando permanecía en mi insula, podía pasar horas tranquilas y experimentar esa sensación de los primeros tiempos, al encontrarme de lleno entre los encantos de la naturaleza.

En el año 1946, entre los yates de paseo venía también el «Taitao», ocupado totalmente por turistas argentinos y brasileros. Nordsen venía con ellos desde el lago de Nahuelhuapi, y todos estaban tan entusiasmados con nuestra robinsonada, que al enfrentar la isla del Huemul, decidieron darme un malón. Como insistieran mucho, yo acepté en acompañarlos. Continuamos el itinerario que, generalmente, hacen todos estos yates de paseo a través del bello Canal Messier, el Paso del Indio, el Canal Wide y el Canal Concepción. En la isla Hannover hicimos una excursión al interior que llegó hasta el hotel que ahí tiene instalado el Club Austral de Turismo. El buque quedó entre tanto en el Puerto Pumasí para proveerse de petróleo crudo en los depósitos que tiene instalados el gobierno en aquel punto. Por

primera vez pude palpar a simple vista la enorme ventaja que como combustible tiene el petróleo sobre el carbón. La maquinaria del buque que emplea combustible líquido es más sencilla, más eficaz; nada de humo ni de chispas. La alimentación de los fogones es casi automática, exigiendo poco personal. Dos grandes buques petroleros estaban anclados en el puerto de Pumasí traspasando su líquida carga a los estanques fiscales por medio de grandes bombas que funcionaban con una facilidad pasmosa. El petróleo provenía de los yacimientos descubiertos hacía diez años en Tierra del Fuego.

Continuamos nuestra gira hasta el Estrecho de Magallanes, visitando también la floreciente ciudad de Punta Arenas. Ya de regreso, nos acercamos nuevamente a la isla del Huemul. Los amables compañeros de viaje no querían dejarme en la isla sino llevarme hasta el continente *por la razón o la fuerza*. Pero insistí en quedarme, porque tenía motivos de índole científica, ya que estaba pendiente del resultado de unas hibridaciones de plantas alimenticias y textiles, fruto de muchos años de selección e investigación y que podrían ser de grande utilidad para la zona.

---



## CAPITULO VIII

TIO TOM.—ANSIAS DE SOL.—VISITA DESDE LOS  
AIRES.—EL ANHELADO VIAJE AL NORTE.

Pasaron algunos años más. Nordsen había hecho innumerables viajes al continente. Ya por asuntos de negocios, ya por paseo, había estado en Punta Arenas, en Santiago, en Buenos Aires. Su mujer era igualmente aficionada a los viajes y a veces lo acompañaba. Sus hijos, una preciosa niña y un muchacho circunspecto y valeroso, venían a menudo a alegrarme con su presencia. Me llamaban el tío «Tom» por lo de mi cabaña que en su rusticidad constituía un deleite para ellos. Lola y Oscar no se cansaban de escuchar cuando yo solía contarles las aventuras de los primeros años.

Cada vez que Nordsen salía de viaje, me convidaba y cada vez yo postergaba el viaje para otra ocasión. Estaba feliz en mi ambiente y también me

consolaba la idea de que la patria abandonada un día lleno de decepciones, estaba marchando hacia el verdadero progreso a paso agigantado. Por los diarios y revistas estaba al corriente de los adelantos y de las reformas, pero al fin y al cabo, también debía ser interesante palpar todo aquello de cerca. Y algo más me atraía hacia el norte; era el sol, el sol portentoso, rayo divino que da calor y vida al Universo. Allá en las tierras magallánicas también había días de hermoso sol, pero esos días eran contados y sus rayos solían ser faltos de fuerza y de calor.

Así yo empezaba a formar serios proyectos de viaje, cuando un acontecimiento inesperado, vino a darle valor real a aquellos proyectos.

Un día de Diciembre del año 1950, después de medio día, me encontraba entretenido en la huerta, cuando un prolongado toque de timbre me hizo acudir al teléfono inalámbrico. Cogí el fono y escuché la voz de Lola que me decía llena de excitación:

—¡Tío Tom! ¡Un hermoso hidroavión viene llegando del norte! Aquí dio una vuelta por sobre el puerto y después se fue derecho a la bahía del Escudo. ¡Debe ser un amigo que viene a verlo!

Bajé al embarcadero, y en efecto, en el centro de la bahía una hermosa máquina aérea descansaba sobre las olas. Con sus enormes alas blancas parecía una gigantesca gaviota soñolienta. Traía a bordo solo un tripulante que en ese momento estaba ocupado

en plegar las alas del aparato. Salté al bote y me acerqué a él. Al verme cerca, el aviador se irguió, y saludando cortésmente me dijo:

— Buenas tardes, señor Land!

— Buenas tardes, señor, — repliqué—. ¿Por lo visto usted ya me conoce?

— Sin duda. Pues vengo directamente a visitarle. En un cuarto de hora más estaré listo para dejar el aparato en forma que pueda ser anclado. ¿Qué fondo tenemos aquí?

Le recomendé entonces acercarse más a tierra y usar una pequeña boya que había al extremo sur. Pronto el hidroavión quedó asegurado. Atrás llevaba un letrero de aluminio con la inscripción: «Sterna-Lanalhue». Sterna, nombre científico de golondrina del mar, indudablemente le cuadraba muy bien.

Sólo cuando dejamos el pequeño muelle, pude observar mejor a mi visitante. Era de porte más que regular. El traje de aviador permitía adivinar su buena musculatura. Sus movimientos lentos y seguros, su faz abierta y franca, demostraban un carácter vigoroso. Y en su mirada había algo que desde el primer momento me había llamado la atención.

Nos dimos un fuerte apretón de manos, mientras él decía:

— Me llamo Juan.

— ¿Juan de qué?

—El apellido nada implica—contestó—, dígame simplemente Juan.

Entramos en la casa. Mi huésped estaba algo fatigado. El prolongado viaje aéreo y la gran atención que exigía la orientación por una ruta desconocida, no eran para menos. Se despojó de parte de su pesada indumentaria y nos sentamos en dos cómodos sillones. Y luego empezó un pequeño diálogo, que trataré de reproducir lo más fielmente posible, por tratarse de un caso que no suele acontecer todos los días.

—El siglo 18—empezó Juan—se caracterizaba en parte por la finura en la conversación, por la falta de franqueza o, mejor dicho, por la hipocresía. El siglo 19 ya dejaba mayor vuelo al pensamiento. Había mayor libertad de conciencia, pero quedaba siempre un poco de miedo al qué dirán. Aún influía un resto de la insinceridad de los siglos pasados. Esa falta de franqueza y de verdad, causó innumerables males entendimientos, tanto entre los hombres como entre las naciones. La época actual se caracteriza por una franqueza sin lenguaje rudo. Se busca la verdad, y una vez encontrada, impera. Por eso sin más preámbulos—continuó—le digo que he venido a verlo porque tengo la convicción de que usted es..... mi padre!

Naturalmente, me quedé mudo y su última frase fue para mí una sorpresa inesperada. Pero mi inter-

locutor me era simpático desde el primer momento y por eso, una vez repuesto del asombro, con igual sinceridad y franqueza le dije:

—Veamos, me alegraría mucho si así fuera.

Y en efecto, coordinando hechos y haciendo reminiscencias sobre su madre que falleció en lejanas tierras cuando él tenía seis años, según me dijo, la convicción suya pasó a ser la mía también. Un efusivo abrazo disipó cualquier rencor que pudiera haber subsistido. Por cierto, no era menester recurrir al oscilóforo para comprobar nuestro parentesco directo mediante las vibraciones electrónicas de nuestra sangre. Además, no tenía por qué avergonzarse de ser el fruto de un amor grande y espontáneo que terminó en un matrimonio desgraciado que yo creía sin consecuencias y el cual nos llevó al divorcio porque las circunstancias así lo exigían. Después se le inculcó al niño la idea de que su padre no vivía y aún se le obligó a usar otro apellido. Sin embargo, quedaba el consuelo de que el hijo fue producto de afinidad electiva que en un principio existió.

Conversando con Juan, alabé su habilidad de detective de que dio pruebas para encontrar a su padre, que ya tantos años vivía más o menos retraído en una isla lejana, cerca de la punta austral del continente. Pero Juan modestamente no aceptó mis alabanzas. La casualidad, dijo, me ayudó; pues Nordsen,

al cual me une una estrecha amistad, me habló de su compañero de destierro sin saber que era mi padre. Así fue como Nordsen, el hombre múltiple, intervino en este asunto, aunque inconscientemente.

Estaba mostrando a Juan la isla del Huemul y sus instalaciones, cuando Lola y su hermano aparecieron en escena. Luego Lola, dirigiéndose a mí me dijo en son de queja:

—Buena cosa, tío Tom. Esperábamos que nos llamara para venir a ver el avión; pero este caballero, no le ha dejado tiempo para nada.

—Este hombre que vino por aire, es mi hijo Juan — dije yo entonces — que por lo mismo en adelante será vuestro tío, yo en cambio pasaré a ser abuelo.

La chica puso su carita seria y dirigió su mirada asombrada a uno y otro; pero pronto dióse cuenta de la situación con su instinto perspicaz y palmeó las manos llena de alegría.

—¡Va a haber que celebrarlo!— exclamó Lola gozosa.

En seguida gritó:— ¡Ahí viene papá!

En este momento aparecía Nordsen en la puerta del jardín, y acercándose a nosotros, dijo:

—Cuando leí el nombre «Sterna» sobre el avión, ya sospeché que Juan de Oliveira andaba por aquí.

Pero como en el asunto del parentesco, Juan había procedido con discreción, hasta no ver confirmados sus presentimientos al presentarlos como hijo, Nord-

sen igualmente experimentó una gran sorpresa. En seguida juntos recorrimos la isla del Huemul. Lola hizo de cicerone, explicando a Juan todo lo que merecía la pena de observarse con interés. Esto le causaba tan gran placer que le brillaban los ojos de alegría.

En el miradero de la colina del Dragón ella pudo comprender la profundidad de mis sentimientos. Y podía hacerlo, porque muchas veces le conté el romance de mi vida:

—Aquí el abuelo en tantos años de observación y de meditación, ha sentido las emociones de Robinson Crusoe, las ansias de Byron y el optimismo de Hellen Keller. Pero cuando se está feliz, cuando hay equilibrio entre el cuerpo y el alma, desde aquí también se puede palpar el pensamiento del universo entero, y hasta se podría abrazar al mundo!

Todos juntos formábamos un grupo muy pintoresco. Lola en actitud solemne, estaba de pie sobre la roca de la cúspide de la colina, mientras el viento hinchaba su amplia blusa y exparcía sus cabellos dorados. Entusiasmada con sus propias palabras exclamó:

—¡No perdamos la fe en los ideales de la humanidad...! ¡El optimismo sírvanos de guía!

En verdad, aquella encantadora muchacha había heredado de sus padres una buena porción de sano optimismo, además de su talento de organización.

Una prueba de este último fue que cuando saltó sobre el césped, después de su discurso, Oscar hizo funcionar la marimba magallánica, dejándose oír los sonos de una alegre marcha. Juan se sorprendió de aquella música y juntos nos dirigimos a ver funcionar el instrumento.

A la hora del crepúsculo, cuando el sol había desaparecido rojo entre nubes violáceas, todos nos trasladamos al embarcadero. Los muchachos que habían estado arreglando los jardines tenían ocupada la chalupa y el bote que quedaba disponible era demasiado chico para cinco personas. Entonces Nordsen dispuso que Lola y Oscar se fueran adelante mientras nosotros esperábamos otra embarcación. Haciendo funcionar las antenas de la instalación inalámbrica, Nordsen hizo venir su chalupa de paseo, la que llegó a gran velocidad, en pocos minutos, manejada por medio de las ondas. Saltamos a bordo y partimos a toda velocidad para tratar de alcanzar a los niños; pero éstos, cuando divisaron la chalupa sospecharon la maniobra y le dieron a su liviano bote-cillo el andar máximo, con el objeto de poder reunir algunos amigos en el muelle para darnos la bienvenida, principalmente, a Juan.

En la casa de Nordsen nos reunimos a comer, y entre animada charla fue aceptado después el plan de Juan de llevarme al continente. Sería un viaje de estudio y de solaz, que duraría un largo tiempo,

hasta que la nostalgia me llevara otra vez a la isla.

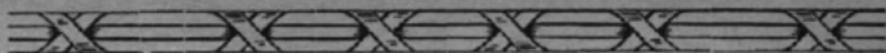
Juan permaneció dos semanas, recorriendo conmigo los archipiélagos y los canales australes. Donde el agua estaba tranquila, el yate eléctrico de Nordsen, el «Odin», avanzaba con rapidez a razón de 20 millas por hora. El yate apenas oscilaba entonces. En cambio, cuando se atravesaba algún golfo con mar algo agitado, ese andar rápido era inconveniente, porque el buque se balanceaba demasiado.

El 17 de Febrero de este año, de 1950, a las 7 de la mañana el hidroavión «Sterna» era revisado por última vez. Estábamos en Puerto Iridio, hasta donde habíamos sido remolcados. Como a mí se me consideraba un patriarca del lugar, mi partida era todo un acontecimiento. Lola también nos rogó mucho para que la lleváramos a Valdivia, donde debía ingresar en un instituto, pero no pudimos acceder porque ya estaba resuelto que su padre la llevaría en Marzo.

A los que se despedían, yo les decía que sólo deseaba ver caras alegres, porque el hombre de hoy día aún en ratos solemnes o cuando ve llegar su último momento, enarbola siempre la bandera de la esperanza, de la buena esperanza. Me ligaba un afecto sincero a casi todos los habitantes de Puerto Iridio, pues eran seres con los cuales había pasado muchos años, compartiendo penurias y fatigas, y también goces nobles y legítimos.

Los que no cabían en las embarcaciones disponibles, se apostaban en el muelle. Juan puso en movimiento el motor, las hélices empezaron a zumbar y cuando el «Sterna» se alzó del agua, los espectadores lanzaron entusiastas adioses. Después de describir una espiral, dimos una vuelta a poca altura sobre Puerto Iridio y sobre la isla del Huemul, tomando en seguida rumbo al norte.

---



## CAPITULO IX

¡TIERRA FIRME!— PANORAMAS DELICIOSOS.— LEYES QUE TRANSFORMAN EL PAISAJE.— COMARCAS FLORECIENTES.— LANALHUE.

¡Tierra Firme!— En un potrero cercano a Puerto Montt algunas horas después del mediodía, aterrizamos. Juan había elegido este punto para aterrizar porque el mar en la bahía estaba un tanto agitado. El viaje había sido delicioso. Rápido marchaba el avión, casi sin oscilación perceptible. Cuando había un punto especialmente interesante, retardábamos la marcha, y si la circunstancia lo requería, descendíamos un poco.

Fuera del espléndido panorama de boscosos archipiélagos, mansos canales, verdosos ventisqueros, bulliciosas cascadas, lagos tranquilos, tuvimos ocasión también de ver algunas obras importantes de ingeniería. Primeramente, el Canal de Taitao, anhelo

de los navegantes de varios siglos y después las fundiciones, fábricas y poblaciones nuevas establecidas por la concesión de Reloncaví. En el puerto principal de ese importante centro de actividad austral vimos varios buques, en su mayoría contruídos en los propios astilleros de la concesión, como me explicaba Juan, quien recientemente había visitado ese puerto.

En la gran isla de Chiloé los cultivos ya no sólo bordeaban el litoral como antes sino que se iban extendiendo más al interior, alternando con grandes manchas de variadas plantaciones forestales de color plumizo, probablemente, formadas por coníferas adaptadas a la región.

Después nos saludó Puerto Montt con sus vistosas construcciones que desde arriba parecían casitas de juguete esparcidas en un jardín. Treinta años ha que había abandonado estos parajes, algo decepcionado con los hombres y con los tiempos. En casi un tercio de siglo el progreso, el verdadero progreso habíase extendido en relación con la ayuda que todos le prestaban. Visitamos la ciudad de Puerto Montt y al siguiente día nos alistamos de nuevo para continuar hasta Lanalhue, pues las vacaciones de Juan llegaban a su término. Pasamos sobre Osorno, que lucía sus magníficas mansiones; Valdivia su espléndido panorama y sus enormes actividades industriales y Temuco que dejaba ver sus contornos in-

tensamente cultivados. Con el mejor aprovechamiento de las tierras contiguas a las grandes ciudades, la oferta y la demanda de productos alimenticios frescos y variados era más equilibrada y por lo mismo los precios convenían hasta la gente más humilde. Influye en ello también la buena distribución de los cultivos, medida implantada por las cooperativas, que hoy día cuentan hasta con mercados propios.

En el trayecto nos cruzamos con muchos aeroplanos y algunos dirigibles. Dos llevaban la marca M. C.— Ministerio de Comunicaciones— la vasta rama gubernativa que está a cargo de todos los transportes, correos y telégrafos. Hubiera deseado ver el Zeppelin Internacional que hace su recorrido entre Osorno y Pernambuco, pero su carrera bisemanal no correspondía a ese día. De Temuco nos desviamos hacia el Noroeste, acercándonos a la cordillera de Nahuelbuta que luego de atravesada nos condujo sobre el hermoso lago de Lanalhue. Descendimos en una elegante espiral hasta acuatizar sobre el lago en un punto que quedaba a pocos pasos del hangar. Cuando la quilla del «Sterna» rozó el agua del lago, dejó de funcionar el motor a los pocos instantes. Estaba contento de pisar nuevamente tierra. El viaje por los aires era interesante, pero confieso que abajo me sentía mejor. Probablemente, influía en ello la falta de costumbre.

Algunos amigos que estaban avisados de nuestro

regreso, nos esperaban en la plazoleta del muelle. Al llegar cambiamos cordiales saludos.

La casa de Juan estaba algo distante del sitio de desembarco, a orillas del lago, pero el camino era tan hermoso, que preferimos irnos a pie en vez de tomar un bote. Como viniéramos agitados por el viaje, entramos a un establecimiento de baños y nos dimos una refrescante ducha. Casualmente era el primer edificio construido por Juan en su calidad de ingeniero-arquitecto de la colonia. Me agradó el sencillo estilo griego de la construcción, que en el primer patio combinaba con una biblioteca.

Todas las casas tenían jardines hacia la hermosa avenida que bordeaba el lago y la mayor parte de sus habitantes manejaban botes en sus pequeños embarcaderos que, ya sencillos, rústicos o artísticos, representaban una nota simpática y variada. Juan estaba contento de tener su campo de acción porque el hermoso lago le recordaba la soberbia bahía de Río de Janeiro, donde había nacido. A medio camino nos encontramos con su mujer Fabiana, brasileña también, y sus tres simpáticos hijos. Las dos niñas mayores de 10 y 13 años ya estaban enteradas por la comunicativa Lola de todos mis modales y costumbres.

—¡Mamá! — dijo una de ellas — yo podría haber dibujado el nuevo abuelo de memoria con las noti-

cias que me daba Lola. ¿Y cómo fue que esa chiquilla no se pescó furtivamente del «Sterna»?

Después en la azotea pasamos algunas horas de una noche deliciosa. Fabiana me conversó de la nostalgia que sentía por su país, donde había pasado una juventud risueña. Con vehemencia exótica me explicó los móviles, los deseos que la incitaban a volverse al Brasil.

—No es una idea vana esa nostalgia—argumentaba.—Mi madre, mi padre, mis parientes y amigos parecen ejercer toda la fuerza de su voluntad para atraerme hacia ellos.

—Verdaderamente—opinó en seguida Juan—creo que al fin debo ceder. Una vez que concluya con la serie de construcciones proyectadas aquí, nos volveremos al Brasil.

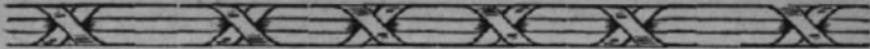
Fabiana se regocijó grandemente con esa noticia grata para ella. Hice una reflexión más egoísta al respecto y pregunté:

—Y esta cómoda casa, ¿la venderás, por supuesto, al partir?

—La casa la puedo vender, en efecto, y creo que no faltará quien la tome, ya que consulta todo lo que la arquitectura moderna ofrece en su género en cuanto a belleza y comodidad. Puedo vender la casa, pero no el terreno. Este pertenece a la Sociedad Frutícola Lanalhue,—abreviado Sofrula,—y es intransferible por el actual ocupante. Si yo cumplo

con los puntos del reglamento interno, puedo usufructuar del terreno por toda la vida y aun legar esta facultad a mis descendientes en línea recta. La casa, los jardines y cultivos son míos y los puedo traspasar a un tercero, ofrecerlos en venta a la sociedad misma, o, simplemente, entregarlos a la administración de esta última por el tiempo que yo desee.

---



## CAPITULO X

LEY DEL REY.—UN NIETO DE FORD.—EL ACUMULADOR «L».—LA SOFRULA Y SU ORGANIZACIÓN.—FRUTICULTURA Y PROSPERIDAD.—CASAS DE CONCRETO FUNDIDO.

Si la Sociedad se hace cargo de la casa por adquisición, continuó Juan, el precio del traspaso se fija por una comisión. El hecho de no ser vendibles los bienes fiscales ni el terreno de las empresas como la Sofrula, ha dado grandes beneficios, pues ha evitado la especulación de tierras que antiguamente beneficiaba a unos pocos en perjuicio de muchos. Esta ley característica fue presentada y defendida el año 1938 por el senador Pérez Rey y se la ha bautizado con el nombre popular de *ley del Rey*. Aquí en la Sofrula ya existía en forma de estatuto desde 1933, año de su establecimiento.

A la mañana siguiente salimos temprano con Juan

con rumbo a la oficina de la administración. Examiné el pequeño automóvil en que íbamos a subir: sus ruedas chicas, livianas como de bicicleta, bastaban para los dos asientos.

—¿Qué marca es ésta?—pregunté a Juan.

—Nepos.

—¿Ford?

—Sí. Ford-Nepos, o sea nieto de Ford, fabricado en Chile en la sucursal de la fábrica de Detroit, con acero chileno tratado al vanadio. Esta máquina no alcanza a pesar cien kilos y su precio viene a salir como a cinco pesos el kilo. Pero a pesar de su bajo precio es muy práctico en caminos buenos.

Detras del asiento había un cajoncito que contenía una masa brillante con una escala como termómetro.

—Con la corriente que queda alcanzamos a llegar—dijo Juan, y luego agregó:

—Verdad que usted no conoce el acumulador «L». Ha venido a reemplazar la bencina en muchos casos y debo advertirle que es uno de los signos más evidentes del progreso en los últimos tiempos. El acumulador «L» fue una gloria para *Sur-América*, por ser el producto de las investigaciones de dos ingenieros chilenos y uno argentino que se encontraban en los Estados Unidos. Una vez patentado el invento de ese acumulador seguro, liviano y sencillo, fue fabricado en la Argentina y en Chile en

vasta escala y como una parte del producto ingresó en arcas fiscales, pasó a ser una especie de monopolio del Estado que produjo sus buenos millones. Hoy día se le encuentra en todas partes y en todos los países. Su nombre «L» significa cincuenta (en números romanos) porque contiene la energía eléctrica necesaria para propulsar un vehículo de 20 H. P. por una distancia de 50 km. Es una especie de esponja metálica cargada de electricidad, dentro de una caja inquebrable de vidrio neutralizado; pesa sólo lo que antes pesaba un rifle, es decir, tres kilos y medio, y tiene, un volumen de nueve decímetros cúbicos. Es tan variado en su acción como la electricidad misma. Sirve para locomoción, alumbrado y calefacción; con el acumulador se ara, se siembra, se cosecha y se mueve cualquier planta motriz, pues puede usarse aislado o en baterías combinadas *hasta lo infinito*. En todas partes hay estaciones para cargarlos, empleándose para ello máquinas sencillas o complicadas movidas por el agua, el viento, la marea, el sol o la pesantez. Jamás hubo aparato de más múltiple utilidad.

Cuando llegamos a la administración de la Sofrula, Juan me presentó al director y se fue a su trabajo, mientras yo quedaba imponiéndome de los adelantos que ofrecía esa empresa.

La superficie total de la Sofrula asciende a 3,000 Ha. comprendiendo 500 parcelas de habitación de

$\frac{1}{2}$  Ha. cada una, situadas a lo largo del lago y en torno de la administración. Dos mil Ha. están dedicadas a cultivos en parcelas de 10 Ha. como máximo y el resto consta de los cultivos generales, vías de comunicación, bosques, etc. Lanalhue es la última comarca de Chile donde aun se pone en práctica el cultivo intensivo de naranjas y limones. Además, se exporta gran cantidad de manzanas y peras, producto de las partes altas, mientras que en las quintas que rodean las casas se cultivan toda elase de frutas, aun las semitropicales. Toda la fruta sobrante es llevada a la cooperativa donde se utiliza en la forma más conveniente, ya sea exportándola fresca o transformada en conservas y jaleas. El cuidado puesto en estos productos le han conquistado gran fama; la marca «Sofrula» es muy solicitada y por lo mismo obtiene buenos precios.

El administrador llamó a la contadora, diciéndole:

—Señorita Mayo, tenga la amabilidad de mostrar a nuestro huésped los cultivos y edificios y darle cualquier dato que solicite.

Inmediatamente nos pusimos en marcha.

—¿Desde cuándo está usted empleada en la Sofrula, señorita Mayo— le pregunté.

— Aun soy sólo supernumeraria. Estoy haciendo mi servicio civil que debe durar un año. El administrador es al mismo tiempo alcalde de la comuna, y por tanto, mi superior jerárquico. Posiblemente des

pués quede a firme en la administración, ya que el trabajo aquí es bien interesante. ¿No desearía pasar a visitar la escuela?

La ocasión no era para despreciarla. La escuela estaba situada junto al parque y me llamó la atención que el grupo de edificios estaba rodeado sólo de una verja de poquísima altura, fácilmente franqueable por cualquier muchacho. Sorprendido pregunté por esa circunstancia:

—¿Y se escapan los niños de aquí?

— No comprendo por qué se han de escapar. Este no es internado, las puertas están siempre abiertas; el niño que no es capaz de concentrarse esas pocas horas que duran las clases, mejor estaría vagando por las montañas. Cerciórese si los niños estudian con gusto o nó. El director es un buen pedagogo que lee tan bien en el alma de los niños como en los libros que ayudan al aprendizaje de los distintos conocimientos.

Nos acercamos a un grupo mixto que se instruía al aire libre. Los niños estaban absortos escuchando las explicaciones sobre historia de la gran república norteamericana.

Para observar el espléndido panorama subimos a la colina. En la parte baja, junto al lago, serpenteaba la avenida a cuyos costados están ubicadas las habitaciones con fértiles cultivos a su alrededor. Arriba,

el terreno más pobre y escarpado, está cubierto de bosques de pinos y castaños.

Al bajar nuevamente al valle, nos cruzamos con un grupo de entomólogos que recorría las plantaciones. Era un conjunto de unos 30 jóvenes y niñas, bajo la dirección de varios técnicos. En la Sofrula no sólo se aplican los reglamentos de la policía sanitaria vegetal por técnicos experimentados, sino que todos los cultivos en general son inspeccionados por la dirección respectiva. El resultado es un buen rendimiento general sin muchos experimentos aislados.

De pronto nos encontramos frente a un armazón que tenía la forma de una casa, pero que en realidad sólo era el molde de la misma. Y ahí también estaba Juan.

—Mientras yo estaba en vacaciones, estos muchachos armaron el molde. Esta tarde procederemos a fundir la casa—nos dijo,—y en cuatro días más podemos ocupar el molde en otra casa nueva.

Ya por el año 1912 había oído hablar de las casas fundidas según el sistema Edison, pero ahora pude enterarme del perfeccionamiento que aquel sistema había adquirido. Se usa una mezcla a base de escoria de hierro, cuarzo volcánico y yeso. Estas materias minerales se mezclan mecánicamente y en el último momento se le agrega agua que contiene cierto porcentaje de silicato. Este conglomerado resulta económico, y en un dos por tres se funde desde el sub-

terráneo hasta el techo incluyendo las escalas, chimeneas, baños, cornisas y aún cielos y pisos; estos últimos, reforzados por telas metálicas. Después de tres días de enfriamiento, el conjunto forma una construcción uniforme que a los ocho días ya puede ser habitada. En la Sofrula hay tres modelos adoptados para casas de habitaciones. Una vez que hayan sido fundidas todas las casas cuya construcción se solicite, los mismos moldes se utilizan para centenares y miles de casas más.

---



## CAPITULO XI

ESTADÍSTICA DEMOSTRATIVA.—COOPERACIÓN PERO NO COMUNISMO.—EMPRESAS QUE SOCIALIZADAS FRACASAN.—EN MONOPAN AL NORTE.—LA CAPITAL DE CHILE.

En el edificio de la administración había un departamento que ocupó mi interés por entero; era la estadística cuyo conjunto representaba una especie de museo retrospectivo. Al centro de la espaciosa sala había un plano en relieve de todo el terreno que comprende la Sofrula en escala de uno por mil. El desenvolvimiento de los trabajos iniciales estaba demostrado por fotografías y gráficos. Del total de las parcelas, había como la tercera parte aún disponible, en la cual había plantaciones regulares cultivadas por administración. El nuevo ocupante encuentra su plantación formada y produciendo, se hace cargo del valor de ella según tasación, y si necesi-

ta una casa, podrá conseguir que se le construya una en su parcela, cuando le toque su turno. Gran parte de los ocupantes no son agricultores o fruticultores de profesión, pero como se someten a la administración central en la parte técnica, pueden aprender a cultivar la tierra paulatinamente, sin sufrir fracasos en sus cosechas.

Al contemplar este sistema, me preguntaba si esta explotación común del suelo no conduciría al comunismo; pero he podido convencerme, de que a la sombra de los estatutos que rigen esa sociedad, la actividad de sus miembros se desarrolla en plena libertad, cuyo límite llega hasta ahí donde empieza la libertad del otro o de todos. Libertad absoluta es una utopía y sólo puede existir entre hombres que, a guisa de cazadores o pescadores, habitan en número reducido una comarca extensa. En la sociedad es menester cierta disciplina para que la libertad general esté bien cimentada. El interés del individuo debe ceder ante el interés de la colectividad. El axioma, que ya sintetizara el filósofo Leibnitz hace tres y medios siglos, da buenos resultados en la práctica, porque las ventajas que obtiene la colectividad vienen a redundar nuevamente en beneficio del individuo. Esto mismo sucede con la instrucción universal, la cooperación y el seguro. Son cosas que se palpan a primera vista.

Descartada la especulación con el terreno, (Ley

del Rey) los habitantes construyen sus casas tal como lo exigen sus necesidades. Las plantaciones colectivas generalmente dan resultados halagüños, por estar dirigidas por técnicos en la materia. Los servicios comunales se ejecutan colectivamente, en forma tal, que las condiciones de vida son por lo común agradables. Las consecuencias se traslucen al medio ambiente, y así pude observar que los habitantes de la Sofrula, están generalmente contentos, por no decir felices.

Hubo empresas, sin embargo, que no dieron buen resultado socializadas. En la sociedad frutícola recién descrita por ejemplo, aconteció así con la construcción de las casas. Antiguamente, eran ejecutadas por cuenta de la administración, pero ello fracasó porque intervenían personas que no tenían la suficiente experiencia en la adquisición de los materiales, en la aplicación de los cálculos y otras circunstancias. Ello comprueba que algunas empresas industriales o comerciales, están más bien en manos de hombres expertos que saben apreciar mejor las causas y los efectos de las diferentes empresas en cuyo manejo tienen experiencia.

Entre el lago Lanalhue y la costa del mar serpentea el Monoriel Panamericano, la gran empresa que extiende sus actividades desde Alaska hasta Puerto Montt y que abreviadamente llámase Monopan. Las ventajas del monoriel casi no son para discutir las,

especialmente en la costa occidental de toda la América, donde hay tantos accidentes en el terreno, circunstancia que es, precisamente, el lado fuerte del monoriel.

En los primeros días de Marzo, después de pasar una temporada deliciosa en Lanalhue, decidí viajar a Santiago en compañía de Eva, sobrina mía de parentesco algo distante, que debía continuar sus estudios en la capital.

El monoriel deslizábase suavemente por la campiña, a pesar de su gran velocidad. El panorama que se presentaba a la vista era sin duda más interesante que en el ferrocarril central, por atravesar sitios más agrestes entre la cordillera de la costa y el mar Pacífico. Al observar los campos me llamó la atención, a primera vista, el buen efecto que ha producido la política forestal. Gran parte de los terrenos de calidad inferior, están con árboles de una u otra especie. La mayor parte de los terrenos pobres han sido expropiados por el Fisco, pasando a poder de la sección Aguas y Bosques, que los ha tomado a su cargo, consiguiendo con ello, embellecer grandemente el paisaje, y aún, uniformar el clima. Otro resultado halagüeño es, que esa sección ahora no sólo se costea con la explotación metódica de los bosques, sino que produce un buen superávit que viene a beneficiar las arcas fiscales. Muchos miles de hombres

encuentran en esa sección un trabajo sano y netamente productivo.

Las ocho horas del viaje se hicieron cortas ante la vista de los hermosos paisajes y por la interesante charla de Eva, que a pesar de sus veinte abriles, aún conservaba gran parte de los modales de una colegiala.

—Es una lástima que usted haya entrado a la edad sedentaria, tío Land—me decía—pues de otro modo le tocaría hacer su servicio civil en Santiago, como remiso. Creo que sería divertido.

—No, niña, la ley es muy justa, pero no tiene efecto retroactivo. Yo me he informado bien. Hace quince años que la ley existe, por consiguiente los remisos o remisas pueden tener hasta cuarenta y tres años a lo sumo, porque la obligación del servicio está comprendida entre los 18 y los 25 años.

—Verdaderamente, creo que debe haber muy pocos remisos, ya que el servicio civil es tan interesante y tan útil. Más bien creo que sobran voluntarios, porque como tal tiene el derecho de optar por la repartición que más guste, siempre que hayan vacantes.

Mi sobrina me hablaba con entusiasmo de la colonia «Valeste», cerca de Santiago, donde pensaba vivir en casa de su hermano. Me insinuó que yo también participara en la vida de esa colonia, en cuyo ambiente congeniaría con facilidad. Acepté gustoso esa invitación. Pero primero había que ver el San-

tiago moderno y este modernismo aparecía en el interior del wagon con el anunciador eléctrico que decía: 18.10 horas—Casablanca, trasbordo a Santiago.

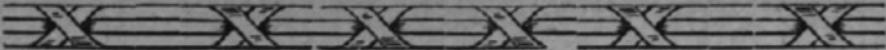
Dejamos que el monoriel continuara su viaje hacia las nevadas regiones árticas.

—Cuando viajo en el Monopan al sur—dijo Eva—siento un no sé qué en el interior del wagon. Parece que aún se conserva el aire de otros países lejanos recién atravesados por el monoriel al hacer su recorrido de uno a otro confín del continente americano.

En menos de una hora nos encontramos en la estación central. Había pasado una buena parte de mi vida en Santiago, pero ahora, después de tres decenios, seguramente, me costaría orientarme. Por eso, rogué a Eva, que me condujera a donde lo estimara mejor, procurando dejarme alojado donde buena gente con quienes pudiera congeniar pronto, para vivir otra vez entre buenos amigos como en aquellos tiempos pasados.

Entonces—dijo—lo mejor es que vayamos a la oficina de la colonia Valeste. Allá descansará del viaje y los días siguientes los puede ocupar en visitar la ciudad.

---



## XII

AVENIDAS TRANSVERSALES.—ENTRE RASCACIELOS.  
—ROMÁNTICO A PESAR DE TODO.—LA PERSPECTI-  
VA SANTIAGUINA.—PARQUES Y MUSEOS.

El tráfico de la capital era verdaderamente intenso. La Alameda parecíame más ancha. ¿Será porque todo está más aseado, tiene más belleza estética, o porque los edificios han ido retrocediendo con la reedificación sucesiva? Las importantes avenidas transversales y los bellos jardines públicos son, además, vivo testimonio de que ha cesado casi por completo el vandalismo que antes se exteriorizaba principalmente contra árboles y plantas. El nuevo Palacio de Gobierno es verdaderamente imponente por su construcción armoniosa y severa y le dan aun mayor realce las hermosas avenidas transversales que parten de su frente. Algo más allá empieza el barrio de los rascacielos. Es una lástima que se haya hecho casi

lo mismo que en Nueva York, donde el terreno no daba más de sí por tratarse de la isla Manhattan. Pero Santiago, con su gran valle extenso y fértil, daba espacio para millares de casas y millones de habitantes. Pero en fin, ahí están los rascacielos, ¡qué le vamos a hacer! Mientras me reclino en el asiento del victoria eléctrico, paseo la mirada por las fachadas de esas colmenas humanas, pensando que muchas de esas personas a menudo anhelan el cálido sol como yo lo anhelaba también allá lejos en las brumosas tardes de la isla del Huemul... Doblamos una esquina y luego el vehículo se detiene, precisamente delante de la gran puerta de un rascacielo.

—Llegamos, tío Land.

—Cómo! ¿también tú vives en una de estas colmenas de concreto?—pregunté asombrado.

—No crea que nos falte aire y luz, tío; estamos instalados en el piso 15, al costado nor-oriente.

Instalados en el ascensor, éste subió en pocos segundos. Penetramos al vestíbulo, que era en verdad atrayente. Hacia un costado estaban las oficinas, que, por supuesto, a esas horas, estaban cerradas. Varias piezas estaban ocupadas por miembros de la colonia Valeste, que por negocios o por paseo, permanecían algunos días en la capital. Es una especie de hotel particular, en el que obtuve una alcoba gracias a los empeños de mi sobrina, que me presentó como transeunte y futuro habitante de Valeste.

Esto, más o menos, era efectivo. La casa estaba a cargo de una directora, que con gran amabilidad me explicó la distribución del edificio, en cuyas instalaciones había muchas cosas que para mí eran nuevas. Me llamó ante todo la atención, el enorme empleo que tiene ahora el vidrio sílice. Debido a su dureza diamantina, es un material ideal para toda clase de utensilios. Ollas, sartenes, fuentes y aún el lavaplatos y la cubierta de la mesa le daban a la cocina un timbre especial de transparencia. Lo mismo ocurría en los cuartos de baños, donde la tina, el lavamanos, el taburete, y muchos objetos que antes se hacían de metal, hoy se fabrican de vidrio sílice. Este procedimiento es fácilmente explicable, ya que toda la fabricación se reduce a la de fundir sólo los objetos. Nada de esmaltes, de pulimento o de pintura, puesto que la materia prima principal, el sílice, se encuentra en gran cantidad en las montañas, resultando muy económico su empleo.

—Señor Land—dijo la directora—le vamos a dar el cuarto del rincón, el mejor de todos; pero antes subamos a la azotea, para que usted se cerciore de que una noche de luna puede ser tan hermosa sobre un rascacielo, como en cualquiera otra parte.

Quedé maravillado. Los miles de miles de luces de la ciudad llegaban aquí arriba sólo en conjunto, en un vibrante reflejo que competía hermanamente con el suave resplandor de la luna. Los pequeños

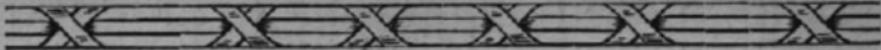
prados del jardín de la azotea semejaban esmeraldas en su frescura; los macizos de cardenales ostentaban el carmín del coral, mientras que varias palmeras mecían cadenciosas sus pinadas hojas. En fin, era una plácida noche de luna, de esas que nos parecen señalar el camino hacia la eternidad.

A la mañana siguiente, el sol se encargó de despertarme cuando sus rayos recién asomaban por la cresta de Los Andes. El espléndido panorama de la cordillera se extendía ante mí. A pocos cientos de metros veíanse las rocas graníticas del Santa Lucía, cerro idolatrado por los antiguos y cuidado por los modernos. Más allá se eleva el San Cristóbal con sus majestuosos bosques, sus caminos serpenteados, sus alegres cascadas. A mis pies aparecía la ciudad que recién despierta.

Cuando salí al vestíbulo se formó un grupo de personas que rivalizaban por mostrarme la ciudad que yo en un tiempo tan bien conociera. Formamos una alegre caravana y visitamos luego los puntos culminantes de la ciudad. Esta gira comprendió dos días que fueron bien aprovechados. Se dio la preferencia a los puntos que para mí eran nuevos, como ser: el Gran Estadio, la Biblioteca Americana, el Jardín Botánico, el Zoológico, el Cerro San Cristóbal, la Cooperativa, el Instituto de Ciencias Naturales, el Panorama Universal, y otros. Los museos los he dejado para visitarlos después con más calma, y si mi pro-

grama no se altera, lo haré en el orden siguiente: el de Bellas Artes, el de Historia, de Cosmografía, de Higiene y de Agricultura.

---



### XIII

MADRUGANDO.— ASUNTOS MUNICIPALES.— REPORTEADO EN EL «NU».— EL HUEMUL Y SU CARACTER.— HACIA LA PERIFERIA.

Después de la segunda noche, manifesté a Eva que quería ver el despertar de Santiago, tal como lo hacía allá en lejanos tiempos de mi mocedad. Ella batió palmas de alegría y aprobación.

—Pero, tío Land, ¡entonces lléveme a mí!— me dijo.— Además en esta ciudad moderna podría extraviarse...

Y arrugaba la nariz en una mueca de júbilo infantil. Convinimos en salir juntos bien de madrugada.

Los primeros albores del día empezaban a reemplazar el alumbrado público de calles y plazas, cuando comenzamos nuestra gira. En la Alameda vimos unas máquinas eléctricas que regaban y otras

que barrían la calzada. Cuando estuvimos en frente de una de estas máquinas, puse toda mi atención en el curioso funcionamiento de las partes bajas móviles que ejecutaban el trabajo notablemente bien. De pronto la máquina aseadora dio un corto pitazo, mientras mi buena sobrina lanzaba una exclamación de sorpresa. Pidió que yo la disculpara medio minuto y saltó sobre la plataforma de la máquina, y andando como una cuadra en ella descendió de otro salto y pronto estuvo nuevamente a mi lado. Tenía una cara seria, pero con ello no consiguió disimular la picaresca sonrisa que apareció en sus labios.

— Es Pedro Lucas, estudiante como yo— dijo— que actualmente combina sus estudios con el servicio comunal.

—¿En la máquina barredora?

—¿Y por qué nó? ¿Acaso el aseo de una ciudad no es tan importante como el trabajo de una mina o la carrera de un vapor o de un expreso? Y, por otra parte, ¿vio usted que la máquina barría?

En efecto, la chica tenía razón. Yo había visto pasar la máquina y había admirado su mecanismo complicado y casi silencioso que recogía o, mejor dicho, absorbía al vacío toda la basura sin levantar polvo.

— Ya comprendo que esa máquina es valiosa. querida Eva, y que su manejo se entrega sólo a

hombres concienzudos. Pero el ardor con que defiendes al joven Lucas.....

— Significa algo, dice usted. Pues bien, no tengo por qué negarlo: es mi novio.

Verdaderamente, un pequeño idilio amoroso, tan de madrugada, era lo que menos había pensado encontrar esa mañana.

Más allá, en un cruce de avenidas diagonales, había un automóvil, al parecer, comunal, cuyo conductor estaba tranquilamente esperando, afirmado muellemente al respaldo. Pregunté a Eva:

— Ya que parece estar al corriente de los asuntos municipales, ¿puedes decirme qué espera este N.º 17 B?

— Pues, la basura— contestó.

Como yo la mirara interrogativamente, ella prosiguió:

— Las aspiradoras llevan un carro acoplado que, cuando está lleno, se reemplaza por otro. Este N.º 17 B está esperando que se reúnan aquí unos cinco o seis de esos receptáculos y luego formar un convoy para llevarlos a los hornos crematorios, donde, mediante la combustión, la basura de Santiago es transformada en energía eléctrica y en ceniza fertilizante.

Las calles ya se estaban animando cada vez más. Cuando llegamos a la plaza Vicuña Mackenna, vimos pasar un hermoso automóvil de color plumizo.

Eva lanzó una carcajada, y tocándome el brazo, dijo entre risas:

—Es curioso, tío Land. Parece que toda la municipalidad se muestra hoy ante usted en revista. Ahí va el intendente municipal. Me gusta el intendente porque es madrugador.

—¿Y cómo sabes si aún no ha dormido, si no viene de alguna fiesta? Pregúntaselo esta tarde a tu novio, él debe saberlo.

—De veras. Pero al parecer, el intendente Ricardo Cumming es un hombre serio y cumplidor. Tenemos pruebas a la vista.

—¿Ricardo Cumming? ¿Que no hay una avenida que se llama así?

—No estoy segura si es alcance de nombre o quizás parentesco. Pero usted debe saber, tío Land, que el intendente municipal o alcalde mayor de hoy día no es un politiquero como antaño. Goza de una magnífica renta, pero, en cambio, debe ser ingeniero o arquitecto titulado; como administrador responsable de la ciudad debe, además, poseer aptitudes sobresalientes. Son contadas las villas y aldeas que tienen alcalde político.

—¿Aficionado, querrás decir?

—Eso es. Pero desde la capital de departamento, inclusive, el alcalde rentado, se puede decir de profesión, es exigido por la ley. En muchas ciudades pequeñas, en cambio, los puestos relativamente fáci-

les como tesorero, inspector, agente, etc., son ejecutados ad honorem o por el personal que hace su servicio civil.

— Pero, niña— observé yo entonces— estas reformas comunales, son verdaderamente descomunales, al menos para un hombre de antaño.

Subimos al cerro que antes se llamaba Santa Lucía y que oficialmente ha sido rebautizado con el milenario nombre de Huelén. Nos encontramos con un joven periodista, amigo de Eva, que nos había visitado la noche anterior.

—¿Leyó el reportaje que le hice anoche, señor Land? Aquí está en el «Nu» de hoy, arriba a la izquierda.

Leí el reportaje. Al hacerlo, mi cara debe haber mostrado rasgos de duda, porque Eva, con una sonrisa maliciosa, dijo:

— Sé de qué se está admirando, tío. Es de la buena memoria del repórter.

— Verdaderamente, joven, hay que felicitarlo.

— No hay por qué— interrumpió Eva— si todo ha sido automático. Usted recordará que estuvieron charlando arriba en la azotea cómodamente sentados. Entonces el repórter puso un aparato sobre un taburete cercano...

— Sí recuerdo, una máquina fotográfica.

— Pues ahí está la diablura, pues era un audífono que recogió toda la conversación. Llegado el men-

saje a la imprenta, es reproducido a máquina taquígrafa, y en caso urgente es tomado directamente del audífono en la sección linotipia.

—Ahora cuéntenme algo—dije yo entonces—del diario «Noticiero Universal» que todo el mundo llama simplemente «Nu». He notado que su gran popularidad llega hasta Llanquihue y supongo que hacia el norte del país sea igual cosa.

—Casualmente, ese edificio que está ahí cerca de la plaza Italia, con su torre estilo Eiffel, esa es la casa del «Nu». Algo que nos queda por visitar. De ahí salen todas las mañanas los paquetes con diarios en rápidos autos. Una parte luego es traspasada a los aeroplanos, que llevan el «Nu» a razón de 260 km. por hora al norte y al sur.

El «Nu» es esencialmente cooperativo. Fue fundado por Daniel Suárez, el Marinoni chileno, y legado después a sus propios lectores. Estos ya pasan de trescientos mil; con ese sistema, resulta el diario más barato de Sur-América. Tiene sus características, ante todo una pauta fija que influye mucho en su popularidad. Jamás pasa de cuatro páginas. Sus editoriales en informaciones son de forma concisa, verídica, atrayente. En cuestiones políticas es sólo informativo. Sus avisos son seleccionados y aparecen una sola vez. Este carácter de pan mental de todos los días influye en que «Nu» se lea más fuera que en la misma capital.

En el kiosko de lectura pedí los otros diarios. Ahí está el decano, el viejo «Mercurio» con más de 120 años marcados a la izquierda de su título. Antes yo lo conocía a fondo, pero ahora, con una hojeada rápida, no es posible formarse una idea exacta de su potencia actual. Eso sí que continúa siendo serio, correcto, a veces grave.

Eva recorría ávidamente las páginas de «La Nación», otro gran rotativo que ha podido resistir las reformas de las últimas décadas.

—Tú pediste la edición café, Eva. ¿Qué significa?

—La edición café es el invento de un periodista. Usted debe saber que el papel estaba escaseando más y más. Un diario por el cual se pagaba veinte centavos, a menudo representaba más de esa suma, sólo en papel. Toneladas y toneladas de papel salían todos los días de las imprentas y eran absorbidas por el consumo, como los alfileres. Un redactor se hizo entonces este raciocinio: Si recogemos una buena parte de los diarios impresos y los volvemos a transformar en papel, ahorraremos un gran porcentaje de ese material tan caro. La dificultad estaba en dejar el papel blanco nuevamente, en quitarle la tinta. En vez de aplicar largos procedimientos de blanqueo químico, era mejor no usar negro de imprenta sino otro ingrediente. Y de ahí salió la invención de la tinta color café oscuro, que es nada más que una especie de tinta simpática, la cual des-

aparece después de unas cincuenta horas. En resumidas cuentas, uno compra la lectura únicamente. El papel se canjea o se usa aparte. Ahora si se desea conservar un diario impreso, no hay más que pedir la edición negra que es la que también reciben los suscriptores de afuera. Pero también se puede conservar un recorte de la edición café aplicándole una solución especial a base de amoníaco. Muchos grandes rotativos han adoptado la edición café. Los diarios canjeados entran nuevamente en la fabricación de papel en combinación con un 70% de celulosa fresca.

Dejamos los temas del cuarto poder y nos encaminamos por los agrestes senderos del Huelén. Hay alguna diferencia entre el Santa Lucía de antes y el delicioso conjunto de peñones que ha vuelto a ser denominado con su altivo nombre indígena. Visto desde la distancia, esa diferencia se nota principalmente en el matiz de su verdor, que del verde azulejo de antes, debido al predominio de los eucaliptos, ha pasado al verde intenso del maitén, salpicado de otros matices más oscuros representados por el boldo, el peumo, el maniú, la luma, etc. Al formarse el paseo a iniciativas del insigne Vicuña Mackenna, fue preciso recurrir a árboles que pronto dieran sombra y con razón se escogió en primer término a los que crecieran más rápidamente, los eucaliptos, sauces, encinas y olmos. Pero los euca-

liptos tienen su sitio característico más bien en la llanura; además presentan el inconveniente de elevarse mucho.

Finalmente, el Huelén fue puesto bajo la dirección de un grupo de artistas verdaderos, los que se empeñaron en dar a sus árboles un carácter más agreste y aborígen, poblándolo principalmente con árboles chilenos. En el costado en que hay más sombra se pudo cultivar un grupo de árboles y arbustos magallánicos, gracias a que se les conservó regularmente húmedos. En sitios prominentes se dio colocación a la soberbia araucaria del país, a la palma y al colecillo. Aun hay melgas de flores indígenas, capachitos, violetas campestras, etc. Estas plantas están al cuidado de un jardinero especialista, cuyo triunfo mayor son las hermosas *copihues* repartidas en lugares apropiados. Mi corazón se dilató de placer al ver algunos copihues en flor, lo que antiguamente era un espectáculo muy raro en el clima seco de Santiago.

El aspecto general del Huelén se exterioriza en la armonía del conjunto. Se dio preferencia a la flora indígena sin excluir del todo la extranjera. Se combinó sus magníficas rocas agrestes con una arquitectura severa y aborígen y un arte puro, produciendo su contemplación un goce estético muy agradable.

Pronto llegamos a la cumbre y pudimos observar

el variado panorama de la ciudad y del valle. Descontando el conjunto de los monstruos arquitectónicos del barrio de los rascacielos, se nota el empuje hacia la periferia, es decir, la descongestión de la ciudad. Este hecho característico se viene produciendo en todos los grandes centros poblados, puede decirse del mundo entero.

—Tío Land—exclamó Eva—observe usted esa cumbre allá en la cordillera hacia el Noreste. Es el monte del Juncal, y en la misma dirección, donde empalma el valle, ahí está la colonia Valeste, nuestra futura residencia.

—Tengo vehementes deseos de conocerla.

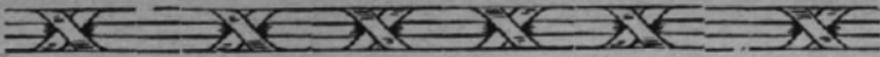
—Mañana estaremos allá.

Pasamos la tarde observando principalmente de qué manera Santiago ha resuelto el problema de la locomoción. El metropolitano, socavado debajo del centro de la ciudad, ejecuta silencioso su veloz carrera subterránea. La prueba de su eficacia sólo se nota en la muchedumbre de pasajeros que aparece en las estaciones céntricas. Me llamó la atención que el trazado del metropolitano forma una curiosa figura geométrica: una cruz dentro de un romboide. En cambio el eléctrico de circunvalación, que en partes corre a flor de tierra y en partes elevado, forma una elegante elipse que en conjunto tiene 88 estaciones y paraderos, llenando admirablemente bien su objeto de ser un transporte rápido y expedito. Tarde

llegaron estos medios de locomoción, pero por eso mismo se pudo aplicar en ellos las experiencias obtenidas en otras capitales.

Por las calles se ven pocos vehículos arrastrados por caballos. Dicen algunos, que con los caballos se ha ido el romanticismo de la calzada. No he pensado todavía bien en ello. Pero al menos noto la ventaja de que la locomoción mecánica y eléctrica nos priva de espectáculos crueles. Esto era notorio, y los viajeros lo contaban a todos los vientos, que los aurigas, los cocheros, los carretoneros de estas tierras, trataban mal a sus cabalgaduras. Era chocante esa injusticia contra los caballos chilenos, por lo general, ágiles, dóciles y sufridos.

---



## XIV

LA COLONIA VALESTE.—VALOR DE LA PRIMERA IMPRESIÓN.—NO HAY QUE HACER SOMBRA AL VECINO.—COOPERACIÓN, ES FUERZA MORAL.

Empalmando con el ferrocarril eléctrico de circunvalación, encontramos una góndola que nos llevó a la colonia «Valeste». El terreno presentaba una pequeña subida apenas perceptible, luego vino una curva y llegamos a terrenos de la colonia, objetivo de nuestro viaje. Todos los detalles de la constitución de esta propiedad me interesaban mucho como era natural, por tratarse de una colonia que ha dado mucho que hablar por sus características.

Son pocos los habitantes que usan vehículos, motivo que indujo a la administración a poner especial cuidado en la conservación de los caminos, de la vereda, como también, al espacio reservado a los ciclistas. Gran parte del primer kilómetro, por ser de terreno

de calidad inferior, está dedicado a cultivos forestales, que más bien parecen parques. Para darle mayor animación, allí gozan de libertad algunos animales de gran tamaño. Pude observar guanacos, avestruces, ciervos y aun una hermosa pareja de cebras.

Llegamos pronto al frente de los edificios de la administración, rodeados de bien cuidados jardines. Descendimos.

—¿Qué tal la primera impresión?—preguntó Eva.  
— Hay muchos que combaten nuestra colonia, comparándola con un convento o con un cuartel.

Con verdad puedo decir que la impresión primera, no evocaba sentimiento de opresión alguna. El orden en las cosas, la organización feliz estaba a la vista, y sin embargo nuestra imaginación nos permitía concebir que ese conjunto armonioso había sido establecido por hombres libres en condiciones normales. Tal fue mi primera impresión, que en todo era favorable; pero ello no perturbaría mi criterio a tal punto de no considerar desapasionadamente los principios que ahí reinaban, si ellos a mi juicio no se conformaban con la libertad o la democracia verdadera. Por otra parte en la sociedad moderna la libertad no puede ser jamás absoluta sino únicamente relativa. Se ve que el *dejar hacer*, que tanto caracterizaba a los poderosos de antaño, para atropellar el derecho de los demás en cuanto éstos se descuidan, aquí parece abolido.

En Valeste se profesa en parte el antiguo ideal griego, a saber: sencillez en la vida de los individuos y arte exquisito en lo que concierne a la cosa pública. Pero en este, naturalmente, la proporción no es tan marcada y está en correspondencia con el escaso número de los habitantes y también con los recursos que no siempre abundan. Muchos de los fundadores y también de los actuales habitantes de la colonia Valeste son artistas, o bien hombres de ciencia y de estudio que tienen en su mayoría puestos fijos en la capital y vienen a vivir aquí las horas que el trabajo les deja libres. Otros han sacudido ya el polvo de la azarosa vida de la ciudad y se dedican de lleno a los intereses locales. El grupo más pequeño, por fin, lo forman aquellos que viven aquí por poco tiempo o para estudiar la organización de la colonia con el objeto de llevar a la práctica en alguna otra parte, los sanos principios en que se funda.

Como había tenido ocasión de conocer al señor Helens, administrador de Valeste, en el hogar de la colonia, donde también me había alojado, ahora me tomó amablemente por su cuenta, invitándome a pasar algunos días en su casa. Nuestras conversaciones por supuesto ocupaban la mayor parte del tiempo y de su buena voluntad, se referían a la encuesta que yo practicaba sobre la organización de Valeste. Y aquí siguen algunos diálogos que he anotado referentes a ella, sin recurrir al audífono de los repórters,

cuyo empleo aun me parece demasiado artificioso para usarlo en una interesante charla de esta naturaleza.

—Me ha llamado la atención, señor Helens, que la colonia Valeste esté próxima a una gran ciudad, aún casi demasiado cerca. ¿No hay temor que con las tentaciones de la metrópoli los elementos más jóvenes, los adolescentes, por ejemplo, que aquí han pasado su juventud, se vayan a la ciudad y que con ello la bien cimentada colonia se desbande?

—No hay que olvidar que Valeste ha sido fundada principalmente por intelectuales—me contesta—que pasan en la ciudad sus horas de ruda labor y que siempre anhelan estar aquí el mayor tiempo posible porque los convencionalismos aquí casi no existen. La juventud pronto conoce también la ciudad y con su sano criterio puede palpar la gran diferencia entre aquella vida agitada, muchas veces exenta de rumbo fijo, y esta vida de energías verdaderas y de goces ordenados y legítimos. El resultado usted lo puede ver: algunos se van, pero muchos, los más, se quedan y prefieren esta vida llena de goces internos. Pero Valeste sin embargo no sienta precedente en sentido de que sea preciso que una colonia reformista de esta clase, debe estar cercana a alguna ciudad. Cada nueva organización de esta naturaleza debe depender de las circunstancias que la originaron o

que la rodean y que pasarán a darle sus propias características.

Al principio es, sin embargo, muy importante seguir el procedimiento adoptado aquí y que consiste en seleccionar muy bien los miembros que pasan a formar el nuevo centro de población. Cada postulante que desea ingresar a la colonia debe presentar buenos antecedentes y vivir aquí algún tiempo para dar a conocer su carácter y sus propósitos. Aceptado como miembro, tiene derecho a una parcela que se le entrega en alquiler hereditario. Este alquiler personal sólo se refiere al terreno; si hay cultivos o plantaciones de árboles, esto debe pagarse según avalúo del agrónomo, pasando a ser de su propiedad. Igual cosa sucede con los edificios construídos o que el nuevo ocupante desee construir. Para cada nueva casa se necesita la aprobación del director técnico, el que niega el permiso si el edificio no reúne las condiciones de estética, higiene o seguridad requeridas. Así por ejemplo, nadie puede edificar de una altura de más de tres pisos, y además, debe haber la suficiente distancia del terreno contiguo, porque la sombra es falta de luz, o es luz que en un caso dado se quita al vecino.

—Después de sentir el bullicio de la gran ciudad, el tráfico relativamente escaso se siente hasta agradable, según mi opinión.

—En la gran ciudad todos los ruidos naturales—

dijo el señor Helens—han sido desterrados y reemplazados por sonidos artificiales que son un tanto más agudos y estridentes. Aquí todavía se puede oír el canto de niños felices, el balbuceo del céfiro y el chirrido de los grillos. En algunas avenidas y en el parque se han aclimatado ruiseñores, alondras y canarios, cuyos cantos sonoros impresionan agradablemente nuestros oídos. El tráfico principal se desarrolla en las avenidas que corren de sur a norte. Las comunicaciones entre aquéllas, con solo senderos de poco ancho, a veces cubiertos de césped o bordeados de plantas en flor. Como las avenidas son bien conservadas y hay muy poco tráfico de animales, resulta que aquí no se conocen los caminos polvorientos.

— Encuentro que los huertos están por lo general muy bien cuidados. ¿Será por el buen ejemplo de algunos o por el espíritu de imitación que impulsa a los demás?

— Sólo en apariencia. Las generaciones venideras seguramente tendrán más interés por el cultivo de los jardines. Es parte del instinto humano y posiblemente, haya sido una afición innata en tiempos remotos. Ahora se da nuevamente gran importancia a la agricultura y en especial a su rama más simpática como lo es la horticultura y jardinería. Los niños en el kindergarten (por el cual pasan todos sin excepción) ya se familiarizan con los cultivos en

miniatura. En la escuela la clase es voluntaria, pero siempre asiste un porcentaje casi completo. Ahora aquí en Valeste existe cierto control que impide el abandono de huertos y jardines.

— Pero ese control, esa presión debe sentirse molesta por muchos ocupantes ¿no es verdad?

— De ninguna manera, a no ser que haya capricho de por medio. Pongamos un caso. El vecino del frente es catedrático en la Universidad del Estado. En Otoño fue llamado a Bogotá para dar algunas clases y conferencias de intercambio. Arregló sus maletas y entregó su jardín a la administración, indicando solamente que deseaba que una melga se renovara con pensamientos y otra con lobelias. Cualquiera otra indicación era superflua. La parcela corrió entonces de cuenta de la administración general con todos sus detalles. Al regresar, después de tres meses, encontró todo perfectamente cultivado, las melgas con sus flores, el maicillo de los caminos rastrillado, y en general, todo en orden. En la contaduría estaban anotados los detalles correspondientes: tantas horas en tal y tal trabajo, los gastos de abonos y semillas a su cargo y a su abono tantos kilos de fruta vendida. Igual cosa sucede cuando alguien sale de vacaciones. Se da el aviso y todo sigue su marcha regular.

Periódicamente las parcelas también son visitadas por el agrónomo y su grupo sanitario, que destruye

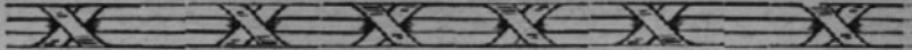
los insectos dañinos y las plantas parásitas. Ahí puede ocurrir que el cumplimiento de las instrucciones dadas por el grupo sanitario se consideran molestas. Sin embargo, no es así, porque esta disposición está basada en una sabia ley de la República. Si hay algo que remediar, el grupo lo hará al instante; pero mejor aún,— y eso halaga el amor propio— es cuando se retira con la nota: *observación ninguna*. Por lo demás, los trabajos de cultivo hechos por la administración resultan tan rápidos y económicos, que muchos habitantes de la colonia dejan cultivar sus huertas y jardines por administración.

—Un trabajo tan intensivo necesita mucha gente. ¿Entonces aquí no existe la falta de brazos?

—No. Si usted examina una vez quienes componen los grupos entomológicos, de cultivos o de emergencia, podrá percatarse por qué no hay falta de brazos. A primera vista parece que si muchos dejan cultivar sus huertos por administración tiene que venir gente de afuera a hacerlo. Pero es el caso que muchos propietarios trabajan con placer en las cuadrillas de cultivos porque ahí están dirigidos por técnicos competentes que saben distribuir su personal y repartir los trabajos según las capacidades individuales. El gran secreto del éxito en todo trabajo agrícola, está en hacer las diferentes manipulaciones en la época oportuna y en forma práctica. Hay personas que sólo poseen esa facultad en forma

teórica. A éstos conviene entonces entregar sus cultivos a la administración y formar parte en alguna enadrilla por ciertas horas al día o cuando convenga, pues todo trabajo es pagado por horas. Y se trabaja con igual tesón y entusiasmo que el que gastaban antiguamente los bomberos voluntarios, sin necesidad de halagar la vanidad individual o colectiva por medio de un vistoso uniforme.

---



## CAPITULO XV

GOCE DE ARTISTA.—REFORMAS POLÍTICAS Y SOCIALES.—VALORES INTERNOS.—LA VACA VEGETAL.—TIERRA LIBRE.

Algunos días después de mi llegada volví a encontrar a Eva en el severo edificio de estilo griego que encierra la biblioteca y el museo retrospectivo de Valeste.

—Tío Land—exclamó llena de alegría—estoy muy contenta.

—¿Será porque vas a casarte pronto?

—No tanto. Cada cosa a su tiempo. Se trata de un triunfo artístico. Yo le conté una vez de un friso que dibujé el Invierno pasado en la cordillera. Pues bien, ese friso lo adquirió el Club Andino, que como debe saber, es importante. Creo que tiene más de tres mil socios. El andinismo ahora se practica mucho. Y en verdad que también es un ejercicio en-

que la salud aprovecha a la par que la estética. Arriba en la cordillera, principalmente aquí frente a Santiago, hay grandes hoteles que en invierno se llenan de pasajeros que van con sus skis y sus trineos a pasar ratos deliciosos. Este invierno que viene, usted también va, ¿no es verdad?

—Posiblemente,—contesté. —En cuanto vuelva tu hermano Víctor de su viaje a la Argentina, iré a alojarme en tu casa.

Como el viajero había vuelto la noche anterior, esa misma tarde me trasladé a vivir con ellos, agradeciendo debidamente la hospitalidad que me brindara el señor Helens los primeros días.

La casa de Víctor era otro hogar en el que me sentía verdaderamente comfortable. Mi buena sobrina me había arreglado un aposento con tal arte y cariño, que no podía exigir más. Una de las primeras preguntas que dirigí a Víctor, se refería al viaje que recién había hecho.

—¿Hay tantas gabelas todavía para conseguir un pasaporte a la Argentina?

—Nada de eso. Los tiempos de la post-guerra saron. La América Central y la del Sur forman una Unión de Naciones, ligadas entre sí por intereses vitales de mutua comprensión y simpatía. Cada República es autónoma, pero entre sí no tienen aduanas. Ni tampoco escuadras o ejércitos rivales, sino

de cooperación. Por eso para ir a la Argentina o al Brasil basta el simple carnet de identidad.

Como mi sobrino era empleado particular, también podría ilustrarme sobre las relaciones entre empleados y sus jefes. A las preguntas que le dirigí sobre esto me contestó así:

—De treinta años a esta parte, naturalmente la gran falanje de los empleados particulares y también los de algunas reparticiones públicas, debido a su magnífica organización, forman una entidad que hay que tomarla muy en cuenta. Los efectos de las leyes que los protegen contra todos los males que otrora los aquejaban, los han hecho conscientes, previsores y circunspectos. Hay más facilidades para ilustrarse y para sacar de cada individuo las mejores cualidades que pueda ofrecer en el desempeño de sus obligaciones. Con ayuda de su potencia financiera también contribuye la Gran Unión de Empleados a reponer las fuerzas gastadas en la labor cotidiana. Para ello cuenta con extensos campos de vacaciones, sanatorios y facilidades en favor de un sano turismo desde el mar hasta la cordillera.

—¿Y las relaciones entre el capital y el trabajo?

—En esto aun no se ha alcanzado el ideal todavía. Sucede como en los matrimonios: hay muchos felices, pero no todos lo son. Es cuestión de carácter. Capitalistas hay que son magníficos organizadores pero no sienten simpatía por su personal. Y obreros

hay muchos que siempre manifiestan desconfianza contra el jefe de la empresa y contra su estado mayor. Sin embargo, se nota el buen efecto que ha producido la implantación del servicio civil obligatorio, introduciendo la disciplina en el trabajo y demostrando lo necesario de la reciprocidad en el cumplimiento de los deberes de cada cual.

—Así que el servicio civil obligatorio no es tan pesado como a primera vista parece. ¿Acaso él está introducido en muchos países?

—Primero empezaron los países más pobres de Europa: Rumania, Bulgaria, Austria, Alemania y otros. Después fue implantado en el Extremo Oriente y en seguida se introdujo en varios países de Sur-América, empezando también aquí, por supuesto, por los más pobres. Los Estados Unidos de Norte-América aun no lo han estimado necesario; será probablemente porque todavía manejan allá gran parte de las finanzas mundiales. Pero ya llegará el día en que ellos lo implanten también, porque los valores intrínsecos cada día pesan más en la balanza de los destinos humanos, y como el servicio civil influye ante todo en el carácter, es una especie de palanca contra el rudo materialismo que ya empezaba a ofuscar la vista de la humanidad.

Avanzaba el otoño. Las hermosas avenidas, los risueños huertos, lentamente cambiaban el matiz de su erdor. Desde una suave colina que como emisaria

de los primeros contrafuertes de la abrupta cordillera bordeaba la orilla oriental de Valeste, me puse a observar el valle. Allá lejos sobresalían las puntas de las torres y de los rascacielos santiaguinos, entre el brumoso velo que caracteriza a las grandes metrópolis como señal inequívoca de su nerviosa agitación, de su apasionada carrera tras la diosa Fortuna, que tantas veces tiene aspecto de quimera. Sobre las cimas de los montes que rodean el extenso valle, el cielo crepuscular ostentaba sus arreboles violáceos, adquiriendo hacia el zenit, una diafanidad de esmeralda. Por encima algunas nubes suavemente empujadas hacia el norte por la brisa vespertina, mostraban sus crestas doradas. La melancólica tarde apropiada estaba para las comparaciones. Mirando luego en torno mío, recordé las conversaciones que había tenido con diversos habitantes de Valeste, con grandes y pequeños, hombres y mujeres, que me convencieron de que allí se sabe apreciar bien los valores internos. De seguro que la melancolía de la naturaleza no arraigaba mucho en el corazón de esos felices habitantes, fortalecidos como estaban contra un sentimentalismo demasiado marcado.

Pero no era bueno soñar demasiado. No debía olvidar que la acción, la acción buena y útil era igualmente un rasgo característico de Valeste. Tomando un pintoresco sendero me dirigí hacia la parte céntrica donde funcionaba la planta industrial que utili-

zaba las frutas. En otoño la cosecha de la fruta exige esfuerzos en las horas de más frío. Un grupo de niñas estaba seleccionando sendos racimos de uvas para los distintos usos. Enormes racimos dorados como cabellera blonda, otros azulejos cual mañana nebulosa, quedaban para ser conservados en su forma natural. Otras uvas eran elaboradas y transformadas en jugo y pasas, mientras que las de consumo inmediato, se embalaban en vistosos canastillos. Afuera estaba el camión que a la mañana siguiente las llevaría a la gran ciudad para deleitar innumerables paladares. Así los productos de la noble viña, en lugar de alcohol, son convertidos en una variedad de alimentos excelentes que hacen de esa planta una verdadera vaca vegetal.

Con manzanas, peras, duraznos, etc., se seguía procedimientos parecidos, tratando de aprovechar lo más posible la fruta en su estado fresco para el consumo inmediato y transformando sólo aquella inapropiada para la conservación.

Sobre el valor alimenticio de la fruta ya no se discute, porque es alimento completo. Eso lo sabe desde el niño por su instinto innato y espontáneo, hasta el fisiólogo por su investigación científica, tardía muchas veces. Cuando las frutas, en sus múltiples buenas combinaciones, forman la base de la alimentación humana, entonces la alimentación que contiene tóxicos no es necesaria y hasta se repudia.

Ya quería oscurecer cuando se dio término a la faena. Los que habían participado en ella, apresuradamente se dirigieron a sus habitaciones para darse una ligera ducha o un baño de aire en el solarium de que cada casa está provista; ahí los rayos del sol, en sus horas de más intensidad, bronceaba las musculaturas en su mayoría de magnífica forma. Otros, que gustaban de la natación, se lanzaban a la piscina para refrescar y fortalecer sus miembros en un ejercicio rítmico, llenos de la alegría de vivir. Después, en la noche, una bella audición musical nos congregó a los amantes de la música en la sala del Ateneo. Y así terminó un hermoso día en Valeste, parecido a muchos otros días de que consta el año en aquella comarca feliz. Temprano empezaba la jornada, porque, como dijo un gran filósofo, la mañana es la juventud del día, y la juventud conviene aprovecharla en todas sus manifestaciones. En el curso del día un trabajo útil alternado con solaz, una higiene práctica y el consciente cumplimiento de las condiciones vitales eran los rasgos sobresalientes de la vida en ese lugar. No era perturbada ni por los gritos de angustia de las víctimas que exige una alimentación comúnmente llamada *refinada*, ni las bajas pasiones que generalmente de esta última se derivan.

En otra ocasión me puse a pensar sobre la libertad. Cuántas veces no oímos esa palabral Generalmente, cuando más fuerte la gritan, es porque sirve sólo

para ocultar una tiranía. Se me había querido figurar que la reforma introducida en Valeste como en muchas otras comarcas del mundo, no estaba acorde con el sentir humano sobre la libertad verdadera. Me refiero en este caso principalmente a la abolición de la propiedad privada raíz. Se me ocurrió entonces interrogar a mi sobrina Eva. Ella ya en otras ocasiones había dado respuestas sencillas y concretas a preguntas que parecían temas complicados.

—¿No te parece, querida Eva, que un padre de familia que vive en terreno ajeno que nunca podrá ser suyo, sienta deseos vehementes de poseer ese terreno, máxime si la casa en que habita y los árboles que cultiva son ya de su propiedad?

—Me parece que nó. Ese supuesto deseo vehementemente se basa sobre un concepto errado. Los hombres evolucionan y los conceptos también. Antiguamente los magnates compraban grandes extensiones de terrenos con bosques, ríos y aun con esclavos. Cualquiera que tenía el suficiente dinero para el objeto, podía adquirir un esclavo que era para él como un objeto sin alma. Hoy día casi no se concibe cómo ese derecho de posesión pudo mantenerse entre los hombres hasta el siglo pasado. Referente al derecho sobre la tierra también había mucha injusticia. Porque si hablamos con la mano sobre el corazón, como el Nazareno, cada hombre sólo tiene derecho al terreno que es capaz de cultivar. La tierra no debiera ser

producto de la especulación como no debe serlo el aire, el agua y la conciencia humana. La propiedad en la forma que en Valeste está constituida es la verdadera tierra libre, porque puede abandonarse cuando se quiera, y sin embargo nadie puede moverlo a uno de su solar si uno se opone. Es la libertad garantida por la misma. El resultado práctico lo vemos aquí, como está demostrado también en la Sofrula y en muchas otras instituciones cooperativas. Los individuos y las familias se sienten libres en tierra libre y cada hogar ha llegado a ser lo que debe ser: un reino en miniatura. Un conocido escritor de estas tierras, (\*) hace años, con razón reprochaba a sus conciudadanos que eran el prototipo de lo instable y agregaba: «Desde el gran señor, dueño de elegante mansión o de tierras en demasía, hasta el miserable desheredado, gustaban del frecuente cambio, del traslado, del remate total, del menosprecio de los recuerdos familiares y raciales». Ese signo preponderante del carácter nacional, ha variado y seguirá variando. Y ya la felicidad no está «*en la casa del vecino*» sino que en medio del grupo de la propia familia.

Después de este interesante discurso, Eva me miró con aire triunfante. ¡Cómo brillaban sus ojos de entusiasmo!

---

(\*) Joaquín Edwards Bello.

—Estás en la razón, querida sobrina. Me has dejado convencido. Es una lástima que tu novio no haya oído cómo hablas del hogar y de la familia.....

—¡Oh!—repuso Eva— él ya ha oído explicaciones parecidas. Pero por eso y con todo, la fecha de nuestro matrimonio no se alterará. Será en dos años más, justos y cabales, tío Land.

Y también me convencí de que esa será sin duda una pareja de gente de carácter, producto de la evolución individual.

—Pero, pasando a otra cosa— dijo Eva— no se olvide de adquirir un equipo apropiado para ir a la cordillera en este invierno, con el fin de practicar un saludable andinismo. Cómprase, ante todo, un par de calamorros de cuero de tiburón.

—¿Son durables?

—Ya lo creo! Un trotamundo hecho y derecho con unos zapatos de tiburón posiblemente pueda dar la vuelta al mundo a pie como los apóstoles, sin cambiar de suela. El mar ha resultado gran proveedor de cueros de insuperable firmeza.

—Lo tendré presente. Tratándose de andinismo, el Club Andino ¿tendrá algunas concesiones en la cordillera para la mejor atención de sus socios?—dijo entonces.

—Esas concesiones sólo atañen a varios hoteles y campos de deporte, que generalmente están situados dentro del deslinde de los Parques Nacionales.

—¿De éstos habrá varios seguramente?

—Sí— me explicó Eva— hay una regular cadena, desde la Puna de Atacama hasta la Tierra del Fuego. El más antiguo de los Parques Nacionales chilenos es el que combina con el argentino de Nahuelhuapi; el más famoso es la Isla de Juan Fernández y el más pequeño, el del Salto del Laja que sólo comprende un islote con las dos cascadas adyacentes y algunos contornos románticos. El mayor número de los Parques Nacionales lo debemos a la iniciativa particular auspiciada por la Liga Agreste que cuenta con muchos miles de socios amantes de la naturaleza. Su objetivo es proteger y conservar los parajes interesantes y sustraerlos a la explotación mercantil. El gobierno, dando mérito a estos laudables propósitos, ha encomendado a la Liga Agreste parte de la vigilancia de los Parques Nacionales. El mismo Club Andino debe pedirle su venia si desea construir un pabellón o instalar una cancha de trineos arriba en la nevada cordillera. Así que cuando la cordillera vista su gran manto de armiño, vamos ¿eh?

—Convenido. Y ahora te diré, querida Eva, que también me voy a preparar, poco a poco, para emprender algunos viajes de más aliento. Me he propuesto atravesar la Argentina, visitar las cataratas del Iguazú, el Brasil, Ecuador, en fin comarcas donde el sol domina. Tomaré notas, haré comentarios,

por si hubiere más tarde lectores que quieran leer mis apuntes.

\*  
\* \*

Con un saludo Eva se alejó risueña. Ella representaba el prototipo de una raza con ambiciones nuevas. ¿En qué se basaba su notable facultad de no dejarse dominar por el destino, de aun dominarlo? Sin duda en el concepto moral que tenía de la vida. Pero estaba igualmente fuera de duda que la ausencia de venenos había traído la suavidad de sus costumbres, mientras la pureza de los alimentos con que construía su cuerpo, contribuía al equilibrio entre éste y el espíritu.

FIN